

- \* Los Maestros de la literatura policial: UN ESCANDALO EN BOHEMIA (novela completa), por Arthur Conan Doyle.
- \* PASIONARIA (Poema), por Noé Chavarría V.
- \* LOS DESGRACIADOS, DE CESAR VALLEJO, por Alfredo Sancho.
- \* LA PRODUCCION SHAKESPERIANA EN EL CINEMA, por John Beaufort.
- \* Impresiones mexicanas: EL PAISAJE YENDO A TULA, por Luis Ferrero Acosta.
- \* MIN, EL MATADOR DE SERPIENTES, por Modesto Martínez.
- \* Tradiciones costarricenses: FACUNDO, por Gonzalo Chacón Trejos.
- \* Musas costarricenses: LAGRIMAS CALLADAS, por Dorothy Pinto Serrano.
- \* Los Libros y los días: TROTSKY O EL PROFETA ARMADO, por Ramón Sender.
- \* CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 27 de junio de 1954. N° 103

# Además...

## Un Escándalo en Bohemia

CAPITULO I

por Sir Arthur Conan Doyle



PARA Sherlock Holmes ella es siempre LA mujer. Raras veces lo he oído mencionarla bajo otro nombre. A sus ojos, ella eclipsa y predomina a todo su sexo. No es que haya sentido una emoción comparable al amor por Irene Adler. Todas las emociones, y esa en particular, se oponían a su mente fría, precisa, pero admirablemente equilibrada. Era, supongo la máquina de observación y razonamiento más perfecta que el mundo ha visto, pero como enamorado se habría colocado en una posición falsa. Nunca habló de las pasiones más tiernas, excepto con burla y con desprecio. Eran cosas admirables para el observador —excelentes para, recorrer el velo de los motivos y las acciones de los hombres. Pero para el razonador preparado el admitir tales intrusiones en su propio temperamento delicado y perfectamente ajustado era introducir un factor perturbador que podría provocar la duda en todos sus resultados mentales. Un cuerpo extraño en un instrumento sensitivo o una grieta en uno de sus lentes de alta potencia no descompensarían más su funcionamiento que una emoción intensa en una naturaleza como la suya. Y, sin embargo, no hubo más que una mujer para él y esa mujer fué la desaparecida Irene Adler, de dudoso y poco honroso recuerdo.

Había visto poco a Holmes últimamente. Mi matrimonio nos había separado. Mi completa felicidad y los intereses, centrados en el hogar, que surgen en torno a un hombre que se encuentra por primera vez como amo y señor de su propio casa, eran bastante para absorber toda mi atención, mientras que Holmes, que odiaba cualquier forma de sociedad con toda su alma bohemía, continuaba en nuestra casa de Baker Street, sepultado entre sus libros. Se sentía aún profundamente atraído por el estudio del crimen y ocupaba sus inmensas facultades y extraordinarios poderes de observación en aclarar aquellos misterios que habían sido abandonados, como insolubles, por la policía oficial. De vez en cuando escuchaba algún vago relato de sus hazañas; de su triunfo en Odessa, en el caso del asesinato Trepoff, de su solución de la singular tragedia de los hermanos Atte, y con tanto éxito, para la familia reinante de Holanda. Más

(Publicado por arreglos con los herederos de Sir Arthur Conan Doyle. Derechos mundiales reservados. Ilustraciones registradas conforme a la ley, por King Features Syndicate, Inc. Prohibida la reproducción parcial o total).

allá de esas señales de actividad, sin embargo, que yo me concretaba a compartir con los lectores de los diarios, sabía yo muy poco de mi antiguo amigo y compañero.

Una noche —fué el 20 de marzo de 1888— volvía de visitar a un paciente (había vuelto al ejer-

fondo cada uno de sus hábitos y de su estado de ánimo, su actitud y comportamiento eran rebeladores. Estaba trabajando de nuevo. Se había sacudido de sus ensueños toxicómanos y estaba sobre la pista candente de algún nuevo caso. Toqué la campanilla y fui conducido a la sala que por tan-



cicio de mi profesión como médico civil), cuando mi recorrido de regreso a casa me obligó a pasar por la calle Baker. Al pasar por aquella puerta tan familiar para mí, q' siempre estará asociada en mi mente a la época de mi noviazgo y a los oscuros incidentes del "Estudio en Escarlata", me sentí invadido por un intenso deseo de ver a Holmes y de saber como estaba empleado ahora, sus extraordinarias facultades. Sus habitaciones estaban brillantemente iluminadas. Al levantar la mirada hacia ellas, noté su figura alta y esbelta pasar dos veces, convertida en negra silueta, cerca de la cortina. Estaba recorriendo la habitación rápidamente, ansiosamente, con la cabeza sumida en el pecho y las manos unidas a la espalda. Para mí, que conocía

to tiempo compartí con Sherlock. Su recibimiento no fué muy efusivo. Rara vez lo era; pero creo que se alegró de verme. Casi sin decir palabra, aunque con los ojos brillándole bondadosamente, me indicó un sillón, me arrojó su cajetilla de cigarrillos y me señaló hacia una botella de whisky y un sifón que había encima de una cómoda. Entonces, se puso de pie frente al fuego y me miró con el detenimiento tan peculiar en él. —El matrimonio le sienta bien— me dijo. —Creo, Watson, que ha aumentado unas siete libras y me día desde que no nos vemos. —Siete— contesté yo. —Debí haber meditado un poco más... Y veo que está ejerciendo de nuevo. No me había dicho que intentaba dedicarse a su profesión

—Entonces, ¿cómo lo sabe?  
—Lo veo, lo deduzco. ¿Cómo sé que ha estado exponiendo mucho a la lluvia últimamente y que tiene una criada descuidada?

—Mi querido Holmes, —protesté yo, —esto es demasiado. Si hubiera vivido hace unos siglos, habría muerto en la hoguera por brujería. Es cierto que el jueves salí a dar un paseo por el campo y llegué a casa empapado; pero me he cambiado de ropa y no puedo imaginarme cómo deduce esto. En cuanto a Mary Jane, es incorregible y mi esposa la ha despedido, tampoco imagino cómo logró adivinarlo.

Holmes sonrió para sí y se froto las manos largas y nerviosas. —Es muy sencillo. Mis ojos me dicen que en la parte exterior de su zapato izquierdo, exactamente donde alumbra mejor la luz, la piel está raspada toscamente en seis lugares, trazando rayas paralelas. En cuanto al ejercicio de su profesión, si un caballero entra en esta habitación oliendo a yodoformo, con una mancha negra de nitrato de plata en el índice derecho y una prominencia a un lado del sombrero de copa, mostrando donde ha escondido su estetoscopio, necesitaría ser muy tonto para no declararlo miembro activo de la profesión médica.

No pude evitar sonreírme ante la facilidad con que explicaba sus deducciones.

—Cuando le oigo exponer sus razonamientos, —comenté, —la cuestión me parece siempre tan ridículamente simple, que me siento seguro de que podría haber hecho fácilmente las mismas deducciones que usted.

—Es posible, —contestó encendiendo un cigarrillo y dejándose caer en un sillón. —Usted ve, pero no observa. La distinción es perfectamente clara. Por ejemplo usted ha visto frecuentemente la escalera que conduce al vestíbulo de esta habitación.

—Centenares de ocasiones. —Entonces, podrá decirme cuántos escalones hay.

—¿Cuántos escalones? No sé. —¿Ahora comprende? Usted no ha observado, a pesar de haber visto. Eso es lo que quería decirle. Ahora bien, yo sé que hay diecisiete escalones, porque he visto y he observado. Por cierto, ya que está interesado en estos problemas y que ha sido lo bastante amable como para publicar una o dos de mis experiencias, quizás le guste ver esto. — Me entregó una hoja de papel grueso, de un suave tono sonrosado, que había

estado hasta entonces sobre la mesa. —Me llegó en el correo de la tarde. Léala en voz alta.

La nota no tenía fecha, ni firma, ni domicilio del remitente. Decía:

“Visitará a usted esta noche, faltando un cuarto para las ocho, un caballero que desea consultar a usted sobre un asunto de extrema importancia. Sus recientes servicios a una de las casas reales de Europa ha demostrado que es usted persona a quien puede confiarse asunto de importancia tal, que nada de lo que se dijera al respecto resultaría exagerado. Esto datos de Ud. de todas partes hemos recibido. Procure, por lo tanto, estar en su casa a esa hora, y no considere extraño si su visitante se presenta enmascarado”.

—Este es un asunto realmente misterioso, —comenté. —¿Qué cree que pueda significar?

—No tengo datos todavía. Es un error capital tratar de formular teorías antes de tener datos. Insensiblemente, uno empieza a retorcér los hechos para que se adapten a las teorías, en lugar de que las teorías se adapten a los hechos. Pero, ¿qué deduce de la nota misma?

Examiné cuidadosamente la escritura y el papel que habían usado para escribir.

—El hombre que la escribió está en buenas condiciones económicas— comenté tratando de imitar el sistema de razonamiento de mi compañero. —Este papel no puede adquirirse por menos de media corona el paquete. Es peculiarmente grueso y resistente.

—Peculiar... esa es la palabra exacta, —dijo Holmes. —No es papel inglés. Colóquelo contra la luz.

Lo hice y vi una E mayúscula con una g minúscula, una P y una G mayúsculas con una t minúscula, marcadas en la superficie del papel.

—¿Qué deduce de esto?— preguntó Holmes.

—Es el nombre del fabricante, sin duda; o más bien, su monograma.

—De ningún modo. La G mayúscula con la t minúscula significan Gesellschaft que es el equivalente en alemán de compañía. Es la abreviación acostumbrada, equivalente a nuestra Cia. Consultemos nuestra “Guía Continental”. — Bajó un pesado volumen marrón de uno de los anaqueles. —Eglov, Egloitz... aquí estamos, Egria. Es un país en que hablan alemán. En Bohemia, no lejos de Carlsbad. “Notable por haber sido la escena de la muerte de Wallenstein, y por sus numerosas fábricas de vidrio y de papel”. ¡Ja! Ja! ¿Qué le parece eso, hijo mío?— Sus ojos brillaban y arrojó una gran nube azulosa de su cigarrillo.

—El papel fué hecho en Bohemia, — exclamé.

—Precisamente. Y el hombre que escribió la nota es alemán. Note la construcción un poco forzada de esa frase: “Estos datos de usted de todas partes hemos recibido”. Un francés o un ruso no hubiera escrito así. Es el alemán quien cambia la construcción de las frases en esa forma. Sólo queda, por tanto, descubrir qué desea este alemán que escribe en papel bohemio y que prefiere usar una máscara a mostrar su rostro. Y aquí viene, si no me equivoco, a resolver todas nuestras dudas.

Se escuchó el ruido claro de las herraduras de los caballos y el rozar de las ruedas sobre el pavimento, seguidos por el llamado brusco de la campanilla. Holmes silbó.

—Son dos caballos, lo deducí

## PASIONARIA

Cercado de sayones, con la cruz al hombro, desangradas sus venas, desgredado el cabello, así camina el Redentor hacia el Calvario cuyo silencio y paciencia causan asombro.

Por el camino va dejando impresas las huellas de sus pies sangrantes y descalzos; que van diciendo con dolor por donde va; no hay compasión para él; crueldades y fierezas, injurias y calumnias, delitos falsos... es sólo lo que grita el populacho insano, sediento de venganza y de maldad.

La gritaría le atormenta sus oídos, las sogas le maltratan su garganta, las fuerzas le abandonan, cae y levanta; y como un héroe con el cuerpo erguido, sintiendo del desprecio el dolor punzante, prosigue su camino y se agiganta.

Pero a pesar del sufrir que lo tortura, afianza más la cruz que lo doblega; y como siempre existen almas buenas, es Simón de Cirene el que a ayudarlo llega y con un gesto de hombría y de ternura, comparte con Jesús la carga y con amor la lleva.

Sediento y fatigado Verónica le ha visto; y apartando la chusma con árdua valentía, al Nazareno se acerca y con su toca, limpia el rostro agónico de Cristo y refresca con sus lágrimas la boca que siente ya la sed de su agonía.

Verónica se aparta al fin y con tristeza, contempla de Jesús la ensangrentada huella que van dejando sus blancos pies heridos; y al desplegar su toca y ponerla en su cabeza, del Redentor la efigie encuentra en ella con rasgos imborrables, definidos.

Así quiso pagar el buen Rabino la noble acción de la mujer piadosa que conquistó su amor con la ternura; mientras regando va su sangre en el camino, como un divino florecer de rosas.

NOE CHAVARRIA V.

Heredia, Mayo de 1954.

por el ruido de las pisadas. —dijo. —Sí,— continuó, asomándose por la ventana. —Es un elegante carruaje con dos verdaderos ejemplares equinos. Cuando menos de ciento cincuenta guineas cada uno. En este caso hay dinero, Watson, a falta de otra cosa.

—Creo que será mejor que me vaya, Holmes.

—De ningún modo, doctor. Quédese donde está. Esto promete ser interesante. Sería una lástima que se lo perdiera.

—Pero... su cliente...

—No se preocupe por él. Quizás yo necesite su ayuda, o quizás él mismo la requiera. Aquí viene. Siéntese en ese sillón, doctor, y préstenos toda su atención.

Unos pasos lentos y pesados, que se habían escuchado en las escaleras y en el corredor, se detuvieron exactamente frente a nuestra puerta. Entonces se escuchó una llamada brusca e imperativa. —¡Pase!— ordenó Holmes.

Entró un hombre que difícilmente medía menos de dos metros de estatura, con el pecho y las extremidades de un Hércules. Su apariencia era la de un personaje rico, con una ostentación que en Inglaterra se habría considerado muy cercana al mal gusto. Gruesas bandas de astracán atravesaban las mangas y el frente de su gabán cruzado, mientras que su gran capa de un paño azul indigo, estaba ribeteada y forrada con seda de color rojo subido. La aseguraban a su cuello con un broche que tenía una solitaria y gigantesca aguamarina. Las elegantes botas que se extendían hasta la mitad de su pantorrilla, contemplaban la expresión de bárbara

opulencia que sugería toda su apariencia. Llevaba en la mano un sombrero de ala ancha y su rostro estaba casi oculto tras una gran máscara negra, en forma de antifaz, que parecía haberse colocado en aquel momento, pues, al entrar, todavía tenía levantada la mano hacia la máscara. La parte inferior de la cara, que quedaba al descubierto, revelaba un hombre de carácter fuerte, con labios gruesos y prominentes, y una barbilla larga y puntiaguda que sugería una resolución rayana en la necesidad.

—¿Recibió usted mi nota?— preguntó con voz áspera y profunda con acento alemán muy marcado. —En ella le avisaba que vendría.

Nos miró a los dos sin saber a quién dirigirse.

—Le suplico que tome asiento, —dijo Holmes. Este es mi amigo el Doctor Watson, quien en algunas ocasiones ha tenido la bondad de ayudarme a solucionar mis casos. ¿A quién tengo el gusto de dirigirme?

—Habla usted con el Conde Von Kramm, un noble bohemio. Tengo entendido que este caballero, su amigo, es un hombre de honor y discreción, en cuya presencia puedo hablar sobre un asunto de la más grande importancia. Si no, preferiría hablar a solas con usted.

Me levanté para irme, pero Holmes me tomó del brazo y me obligó a volver a instalarme en el sillón.

—Los dos o ninguno, —dijo. —Puede usted decirme ante este caballero cualquier cosa que pueda decirme a mí.

El conde encogió sus anchos hombros.

—Entonces empezaré por suplicar a ustedes absoluto silencio respecto al asunto que me trae aquí, dentro de los dos próximos años. Al final de este tiempo, el asunto ya no tendrá importancia. Por el momento debo señalar que no es exagerado afirmar que la cuestión es de tal magnitud que podría influir en la historia europea. —Prometo discreción, —aseguró Holmes.

—Y yo también.

—Ustedes perdonarán esta cara —continuó nuestro extraño visitante. —La Augusta persona que me emplea, desea que su agente sea desconocido para ustedes, y debo confesarles que el título que yo mismo me he dado hace un momento no es precisamente el mío.

—Lo comprendí desde luego— dijo Holmes secamente.

—Las circunstancias son muy delicadas y deben tomarse todas las precauciones para evitar lo que amenaza ser un inminente escándalo y que podría comprometer seriamente a una de las familias reinantes de Europa. Para hablar francamente, el asunto gira en torno de la gran Casa de Ormstein, soberanos de Bohemia por generaciones.

—También me di cuenta de eso— murmuró Holmes sumiéndose en su sillón y cerrando los ojos.

Nuestro visitante miró, sorprendido, la figura lánguida y perezosa del hombre que le había sido descrito como el razonador más genial y el agente investigador más activo de Europa. Holmes abrió lentamente los ojos con impaciencia a su cliente.

—Si Su Majestad tiene la bondad de explicarme su problema, podré aconsejarle mejor.

El hombre se levantó de su silla de un salto y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro, con muestras de agitación incontrolable. Entonces con un gesto de desesperación, se arrancó la máscara del rostro y la arrojó al suelo.

—Tiene razón, —gritó, —yo el rey. ¿Para que tratar de ocultarlo?

—Es cierto, ¿para qué? —murmuró Holmes. —Su Majestad no había hablado aún y yo sabía ya que me estaba dirigiendo a Wilhelm Gottsreich Sigismund Von Ormstein, Gran Duque de Cassel Felstein y Rey de Bohemia por herencia.

—Debe comprender— dijo nuestro extraño visitante, sentándose de nuevo y pasando la mano sobre su ancha y blanca frente, —debe comprender que no estoy acostumbrado a hacer estos negocios personalmente. Sin embargo, el asunto es tan delicado que no quisiera confiárselo a un agente. Eso habría significado quedar a su merced. He venido de incógnito, desde Praga, con el objeto de consultarle a Ud.

—Entonces, le suplico que haga su consulta, —dijo Holmes cerrando los ojos una vez más.

—Los hechos, en concreto, son los siguientes: Hace unos cinco años, durante una prolongada visita a Varsovia, trabé conocimiento con la bien conocida aventurera Irene Adler. El nombre es, sin duda alguna, familiar para usted.

—Tenga la bondad de ver qué dice mi índice sobre ella, doctor— murmuró Holmes, sin abrir los ojos. Durante muchos años había adoptado el sistema de anotar todos los párrafos referentes a hombres y cosas que se publicaban en los periódicos, de tal modo que era difícil mencionar un tema o una persona sin que él pudiera

contar de inmediato con información al respecto. En este caso, encontré la biografía de la mujer entre la de un rabí hebreo y la de un marino que había escrito una monografía sobre los peces que habitan en los mares profundos.

—Déjeme ver!—Exclamó Holmes. —Hum! Nació en Nueva Jersey en el año de 1858. Contrato... ¡Hum! La Scala... ¡Hum!... Prima donna de la Ópera Imperial de Varsovia... ¡si! Retirada de la escena... ¡ajá! Viviendo en Londres actualmente... ¡eso es! Su Majestad, entiendo, se mezcló con esta joven, le escribió algunas cartas con prometedoras y ahora está deseoso de recobrar estas cartas.

—Precisamente... Pero, ¿cómo? —¿Hubo un matrimonio secreto?

—No. —¿Nada de papeles legales o certificados?

—Ninguno. —Entonces, no acierto a comprender a Su Majestad. Si esta joven presentara sus cartas para realizar un chantaje, o con cualquier otro propósito, ¿cómo iba a probar su autenticidad?

—Por la escritura. —¿Bah! Falsificada. —Mi papel privado. —Robado. —Mi propio sello. —Imitado. —Mi fotografía. —Comprada.

—Los dos estamos en la fotografía.

—¡Ah, caramba! ¡Eso si es terrible! Su Majestad cometió una tremenda indiscreción al fotografiarse así.

—Estaba enamorado... loco. —Se ha comprometido muy seriamente.

—En aquel entonces era sólo príncipe. Era joven. Aún ahora no tengo más que treinta años.

—Esa fotografía debe recobrase.

—Hemos tratado de hacerlo, y hemos fracasado.

—Su Majestad tendrá que pagar. Debe ser comprada.

—Ella no la venderá. —Robada, entonces.

—Se han hecho cinco intentos. En dos ocasiones, ladrones a mi servicio han registrado su casa. Una vez le robamos el equipaje cuando iba de viaje.

—Dos veces le han registrado mujeres pagadas por mí. Sin resultado.

—¿No hay rastros del retrato? —Absolutamente ninguno.

Holmes se echó a reír.

—Es un problema bastante complicado— dijo.

—Y muy serio para mí— contestó el rey en tono de reproche.

—Mucho realmente. ¿Y qué se propone hacer con la fotografía?

—Arruinarla.

—Pero, ¿cómo? —Estoy a punto de casarme.

—Eso he sabido.

—Con Clotilde Lothman Von Saxe-Meiningen, hija segunda del Rey de Escandinavia. Quizás conozca Ud. los estrictos principios de su familia. Ella misma es la personificación de la delicadeza.

Una sombra de duda en cuanto a mi conducta, pondría fin a nuestro compromiso matrimonial.

—¿E Irene Adler?

—Amenaza con enviarles la fotografía. Y lo hará. Sé muy bien que lo hará. Usted no la conoce, pero tiene un alma de acero. Tiene el rostro de la más hermosa de las mujeres y la mente del más resuelto de los hombres. Para evitar que yo me case con otra mujer, no hay extremos a los que ella no sea capaz de ir... no

los hay.

—¿Está seguro de que no la ha enviado todavía?

—Estoy seguro. —¿Por qué?

—Porque me dijo que la enviaría el día que el matrimonio fuera proclamado públicamente. Eso será el próximo lunes.

—¡Oh! Entonces nos quedan tres días aún—dijo Holmes con un bostezo. —Es una gran fortuna, pues tengo uno o dos asuntos de importancia que atender por el momento. Su Majestad, desde luego, pasará unos días en Londres, ¿No?

—Ciertamente. Me encontrará en el Langham, bajo el nombre de Conde Von Kramm.

—Entonces lo visitaré para notificarle sobre el progreso de nuestras indagaciones.

—Le ruego que lo haga. Vivo invadido por la ansiedad.

—¿Y qué me dice respecto al dinero?

—Tiene usted CARTE BLANCHE

—¿Absolutamente?

—Le aseguro que le daría una de las provincias de mi reino por esa fotografía.

—Y en lo que se refiere a los gastos de momento?

El rey sacó una pesada bolsa de cuero del interior de su gabán y la colocó sobre la mesa.

patrona me informó que había salido de la casa poco después de las ocho de la mañana. Me senté cerca de la chimenea, sin embargo, con intenciones de esperarlo, por mucho que tardara. Ya estaba profundamente interesado en la investigación, porque, aunque no estaba rodeado de los detalles macabros y misteriosos que había existido en los dos crímenes que ya he relatado con anterioridad, la naturaleza del caso y la elevada posición de su cliente le daban un interés muy particular.

Eran ya cerca de las cuatro cuando la puerta se abrió y un cochero de aspecto borracho y sucio, barbudo y desarrapado, entró en la habitación. A pesar de estar acostumbrado a la asombrosa habilidad de mi amigo para el uso de disfraces, tuve que mirar tres veces antes de poder sentirme seguro de que era él realmente. Después de un leve movimiento de cabeza, desapareció en la alcoba, para volver cinco minutos después, perfectamente vestido y respetable de aspecto, como siempre. Se metió la mano en los bolsillos, estiró las piernas frente al fuego y se echó a reír.

—Es gracioso. Estoy seguro de que usted no adivinaría nunca en qué he empleado la mañana o qué terminé por hacer.



Copyright 1914, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

—Hay trescientas libras en oro y setecientas en billetes— dijo.

Holmes extendió un recibo por la cantidad en una hoja de papel y se lo entregó.

—¿Sabe cuál es el domicilio de la dama? —preguntó.

—Es Briony Lodge, Serpentine Avenue, St. John's Wood.

Holmes tomó nota de aquellos datos.

—Otra pregunta— dijo con aspecto pensativo. —¿Era de cuerpo entero a fotografía?

—Sí.

—Entonces, buenas noches. Su Majestad. Confío en que pronto tendremos buenas noticias para usted. Y buenas noches, Watson

—añadió mientras el carruaje real se alejaba estrepitosamente. —Si tiene la bondad de visitarme mañana por la tarde, a las tres en punto, tendré mucho gusto en discutir este asunto con usted.

## CAPITULO II

A las tres en punto me encontraba yo en Baker Street, pero Holmes no había vuelto todavía. La

el lado del jardín, en tanto que los mozos atendían a los caballos. Me presté a ayudarlos y recibí como compensación dos peniques, un vaso de vino, un poco de tabaco corriente y toda la información deseable acerca de la señorita Adler, para no decir nada de media docena más de personas del barrio, en quienes no tengo el más mínimo interés, pero cuyas biografías fui obligado a escuchar.

—¿Y qué me dice de Irene Adler?— pregunté.

—¡Oh! Ha vuelto locos a todos los hombres de esa parte de la ciudad. Es la muchacha más bonita que hay en este planeta, en opinión de los mozos. Vive tranquilamente, canta en conciertos, sale a pasear todos los días a las cinco y vuelve a cenar exactamente a las siete. Raras ocasiones sale a otra hora, excepto cuando canta. Tiene un solo visitante masculino, aunque es un visitante muy constante. Es un tipo alto, guapo y atrevido; nunca la visita menos de una vez al día y a veces lo hace dos. Es un tal señor Godfrey Norton. ¿Ve la ventaja de ser el confidente de un cochero? Mis amigos improvisados lo han llevado varias veces a su casa en Inner Temple y saben todo lo que se puede saber respecto a él. Mientras escuchaba todo esto, yo pensaba en mi plan de campaña.

—Este Godfrey Norton es evidentemente un factor importante en el asunto. Supe que era abogado. No pude menos de preguntarme qué relación existía entre ellos y cual era el objeto de sus frecuentes visitas. ¿Era Irene su cliente, su amigo o su amante? En el primer caso, probablemente le había entregado la fotografía a él, para que se la guardase. Si era lo último, resultaba menos probable. Y de esta cuestión dependía que continuara trabajando en Briony Lodge o que volviera mi atención a las habitaciones de este caballero en el Temple; era un punto delicado y ampliaba el campo de mis investigaciones. Me temo que le estoy aburriendo con estos detalles, pero tengo que explicarle estas pequeñas dificultades para que comprenda la situación.

—Le escucho con gran interés, —contesté.

—Estaba todavía estudiando mentalmente la cuestión, cuando un coche se detuvo frente a Briony Lodge y un caballero descendió de él. Era un hombre notablemente apuesto, moreno, de facciones regulares y espeso bigote... Evidentemente se trataba del caballero de quien había oído hablar. Parecía tener mucha prisa. Gritó al cochero que lo esperara y pasó corriendo frente a la doncella que le abrió la puerta, con la misma confianza de un hombre que está en su propia casa.

—Estuvo en el interior de la casa, aproximadamente una hora. Durante este tiempo pude verlo a través de los cristales que corresponden a las ventanas de la sala, dando vueltas de un lado a otro y moviendo los brazos como si hablara con gran excitación. No vi a Irene Adler durante este tiempo. Por fin salió, con aspecto más agitado del que traía al entrar. Al subir al coche sacó un reloj de oro del bolsillo, consultó la hora y gritó con voz desesperada:

—¡Vámonos como alma que lleva el diablo! Primero a Gross & Hankey, en Regent Street, y luego a la Iglesia de Santa Mónica, en Edgeware Road. ¡Media gui-

nea si logra hacer esto en veinte minutos!

El coche partió y empezaba a preguntarme si no sería buena idea seguirlo, cuando salió de la caballeriza de Briony Lodge un carruaje pequeño. El cocherero traía la librea sólo abotonada a medias y la corbata sin arreglar, como si hubiera sido llamado rápidamente. Apenas había llegado el carruaje a la puerta de la casa, cuando Irene salió bruscamente de ella y subió con igual rapidez al coche. Sólo la ví un instante pero bastó para que notara que era una mujer encantadora, con un rostro por el que cualquier hombre moriría por gusto.

—¡A la Iglesia de Santa Mónica, Juan!— gritó.— ¡Y te doy medio soberano si llegas en veinte minutos!

—Aquello se ponía demasiado interesante para que yo me lo perdiera, Watson. Empezaba a meditar en si debía arriesgarme a ser visto, subiéndome a la parte posterior de su pequeño carruaje, cuando se acercó por el otro lado de la calle un coche de alquiler. El cocherero me miró con desconfianza, pero yo salté al interior del carruaje antes de que pudiera protestar.

—A la Iglesia de Santa Mónica!— le ordené.— Y medio soberano será suyo si llega en veinte minutos.

—Faltaban veinticinco minutos para las doce, así que estaba perfectamente claro lo que se proponían.

—Mi cocherero se portó muy bien. No creo que jamás haya conducido a tanta velocidad, pero los otros ya estaban allí cuando llegamos. El coche y el pequeño carruaje de Irene se encontraban a la puerta de la Iglesia. Pagué al cocherero y entré. No había un alma en el interior, con la excepción de los dos personajes a los que venía siguiendo, y el sacerdote que se encontraba frente a ellos. Los tres formaban un grupo apretado frente al altar. Empecé a caminar lentamente por el pasillo central de la nave, como cualquier otro vagabundo que se ha metido en una iglesia a falta de otra cosa que hacer. De pronto, ante mi sorpresa, las tres personas del altar volvieron su rostro y Godfrey Norton se echó a correr en dirección a mí.

—¡Gracias a Dios!— gritó.— Usted nos servirá! ¡Venga! ¡Venga!

—¿Qué quiere de mí?— pregunté.

—Venga hombre, venga, es sólo una cosa de tres minutos. Si no, no será legal.

—Casi me arrastraron hasta el altar y antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, murmuraba respuestas que me daban al oído y declaraba cosas de las que no sabía absolutamente nada. Simplemente estaba ayudando a realizar el acto de unir en matrimonio a Irene Adler, soltera, con Godfrey Norton, soltero. Todo fué hecho en un instante y me encontré con una dama dándome las gracias por un lado, un caballero dándome las gracias por el otro, y el sacerdote, enfrente de mí, haciéndome una leve caravana. Era la posición más extraña en que me había encontrado en mi vida, y el pensar en ello fué lo que me produjo el acceso de risa que sufrí hace un momento. Parece que había cierta informabilidad en su licencia y que el sacerdote se negaba terminantemente a casarlos sin un testigo. Mi aparición en la iglesia evitó al novio tener que echarse a correr por las calles

en busca de un padrino. La novia me dió un soberano y pienso usarlo en la cadena de mi reloj, en recuerdo de la ocasión.

—Las cosas han tomado un curso inesperado— dije yo.— ¿y entonces qué pasó?

—Bueno, encontré que mis planes estaban muy seriamente amezados. Parecía que la pareja se disponía a partir de inmediato y eso exigía medidas rápidas y enérgicas de mi parte. En la puerta de la Iglesia, sin embargo, se separaron. El se dirigió al Templo y ella a su propia casa.

—Saldré al parque a las cinco, como de costumbre, dijo ella al separarse de su flamante marido. No oí más. Partieron en diferentes direcciones y yo me marché para hacer mis propios arreglos.

—¿Cuáles son?— pregunté.

—Un poco de fiambre y un vaso de cerveza,— ordenó Sherlock al ver entrar a la sirvienta, haciendo caso omiso de mi pregunta.— He estado tan ocupado que no he tenido tiempo de pensar en comer. Y estaré aún más ocupado esta tarde. Por cierto, doctor, quiero su cooperación.

—Encantado de servirle.

—¿No le importa faltar a la ley?

—No, en lo más mínimo.

—¿Ni correr el riesgo de ser arrestado?

—No, si es por una buena causa.

—¡Oh, la causa es excelente!

—Entonces soy el hombre que necesita.

—Ya sabía yo que podía contar con usted.

—Pero, ¿qué es lo que desea de mí?

—Cuando la señora Turner haya traído lo que le pedí, me explicaré con más claridad,— dijo. Un momento después entraba nuestra patrona con la frugal comida ordenada por mi amigo y éste se lanzaba hambriento sobre ella.— Tendremos que discutir el asunto mientras como, pues no dispongo de mucho tiempo. Son casi las cinco. Dentro de dos horas tenemos que entrar en acción. La señorita, o más bien la señora Irene, vuelve a las siete de su paseo. Debemos estar en Briony Lodge para recibirla.

—¿Y qué haremos entonces?

—Usted debe dejar las cosas en mis manos. Ya he arreglado lo que va a ocurrir entonces. Hay un solo punto en el que debo insistir. Usted no debe intervenir, pase lo que pase. ¿Entendido?

—¿Debe ser neutral?

—No debe hacer absolutamente nada. Probablemente habrá algunos incidentes desagradables. No intervenga en ellos. Los sucesos concluirán en que me conduzcan a la casa. Cuatro o cinco minutos después se abrirá una de las ventanas de la sala. Usted entonces se acercará a esa ventana abierta.

—Sí.

—Se fijará en mí, pues para entonces estaré al alcance de su vista.

—Sí.

—Y cuando levante mi mano... así... arrojará a la habitación lo que le voy a dar. Y al mismo tiempo lanzará el grito de: "¡Fue go!" ¿Me entiende?

—Perfectamente.

—No es nada notable— dijo ex trayendo de su bolsillo un rollo con la forma de un habano.— Es un ordinario cohete de humo, que estalla por sí solo al chocar contra el suelo. Su misión se concreta a eso. Al dar el grito, atraerá posiblemente cierto número de curiosos. Pero usted debe caminar tranquilamente hacia la esquina de la calle y esperarme allí. Yo me reuniré con usted diez mi-

nutos después. Espero haberme explicado con claridad.

—Sí. Yo debo permanecer neutral, acercarme a la ventana abierta, para observarlo, y arrojar este objeto a una señal suya al mismo tiempo que lanzo el grito de fuego. Entonces lo esperaré en la esquina de la calle.

—Exactamente.

—Puede confiar en mí.

—Está muy bien. Creo que es casi hora de que me prepare para el nuevo papel que tendré que interpretar.

Desapareció en su alcoba y volvió unos minutos después en el personaje de un amable y sencillo sacerdote de la Iglesia "No conformista". Su ancho sombrero negro, sus pantalones sueltos, su corbata blanca, su sonrisa simpática y su expresión de benevolente curiosidad lo caracterizaban de un modo realmente notable. No era simplemente que Holmes cambiara de traje. Su expresión sus modales, su propia alma parecían variar con cada nuevo papel que asumía. El teatro perdió un magnífico actor, al igual que la ciencia perdió un extraordinario investigador, cuando Sherlock Holmes se decidió a convertirse en un especialista en criminología.

Eran las seis y cuarto cuando salimos de Baker Street y aún faltaban diez minutos para la hora cuando nos encontramos en Serpentine Avenue. Ya había oscurecido y las lámparas empezaban a ser encendidas, cuando nos colocamos frente a Briony Lodge, en espera de la llegada de la dueña de la mansión. La casa era como me la había imaginado por la descripción que me hizo Sherlock Holmes, pero el sitio parecía menos tranquilo de lo que esperaba. Por el contrario, para una calle pequeña, de un vecindario lejano, estaba notablemente animada. Había un grupo de hombres pobremente vestidos, fumando y riendo en una esquina. Un afilador daba vuelta a su rueda, dos hombres flirteaban con una sirvienta, y varios jóvenes bien vestidos recorrían la calle ociosamente, de un lado para otro, con cigarrillos en la boca.

—Como usted comprenderá— comentó Holmes, mientras paseábamos frente a la casa,— este matrimonio simplifica el asunto. La fotografía se convierte ahora en un arma de dos filos. Todas las probabilidades son de que ella esté tan poco dispuesta a que la vea el señor Godfrey Norton como nuestro cliente lo está a que caiga en poder de su princesa. Ahora la cuestión estriba en dónde podremos encontrar la fotografía.

—¿En dónde realmente?

—Es poco probable que la traiga consigo. Debe ser una foto grande y no resulta fácil para una mujer esconder algo así. Además, ya la han registrado dos veces y debe sospechar que el rey está decidido a repetir la hazaña. Podemos por hecho, entonces, que no la trae consigo.

—¿En dónde la tiene, entonces?

—Con un banquero o con su abogado. Esa es una doble posibilidad pero no me inclino mucho a ella. Las mujeres son discretas con sus propios secretos. ¿Por qué debía de entregarla a manos ajenas? Además, recuerde que ha resuelto usarla dentro de pocos días. Debe estar al alcance de sus manos. Debe estar en su propia casa.

—Pero, la han registrado dos veces.

—¡Bah! Deben haberlo hecho individuos que no saben buscar.

—¿Y cómo va a buscar usted?

—Yo no buscaré.

—¿Qué hará, entonces?

—Haré que ella me encuentre donde está.

—Se negará a hacerlo.

—No podrá. Pero yo haré rumor de las ruedas. Es un rruaje. Ahora cumpla mis órdenes al pie de la letra.

Mientras decía eso, los faroles laterales de un carruaje trazaron la curva de la avenida. Era un carruaje pequeño, que se detuvo a las puertas de Briony Lodge. En el momento en que lo hizo, uno de los hombres que se encontraban en la esquina corrió para abrir la puerta, con la esperanza de hacerse una moneda, pero fue rechazado por otro de los vagabundos, que había echado a correr con la misma intención. Un carroztero se inició con un incidente. Los dos hombres que antes habían estado flirteando con las sirvientas se pusieron a defender a uno de los jóvenes, logrando con su intervención hacer más grande el escándalo. El afilador se entrometió también en el asunto y dió el primer golpe, dirigido a uno de los vagabundos. Un instante después, la dama que había descendido del carruaje, era el centro de un pequeño nudo de hombres que lanzaban puñetazos y patadas a diestra y siniestra. Holmes introdujo en la multitud para proteger a la dama; pero en el momento que llegaba a su lado, lanzó un grito, cayó al suelo y sangre empezó a manar abundantemente de su rostro. Al ver caer, los guardias se echaron a correr en una dirección y los vagabundos en otra, mientras que un grupo de personas mejor vestidas, que habían observado la pelea sin tomar parte en ella, se acercaron para ayudar a la muchacha y atender al herido Irene Adler, como la seguíamos arriba de su casa, pero al llegar a lo alto de ellos se detuvo, con su figura excepcional claramente delineada por las luces del vestibulo volviendo la mirada hacia la calle.

—¿Está mal herido el caballero?— preguntó.

—Está muerto,— dijeron varias voces.

—No, no. Todavía está con vida,— gritó alguien.— Pero morirá antes de que pueda ser conducido al hospital.

—Es un hombre valiente,— dijo una mujer.— Se habrían llevado el bolso de la señorita y su reloj, si no hubiera sido por él. Esos hombres deben formar una pandilla peligrosa. ¡Ah! Ya empiezo a respirar.

—No lo podemos dejar tirado en la calle. ¿No podríamos meterlo en su casa, señora?

—Desde luego. Traiganlo a la sala. Hay un sofá aquí. Pasen por acá, por favor.

Lenta y solemnemente mi amigo fué conducido al interior de Briony Lodge y acostado en la habitación principal, mientras yo observaba todo desde mi puesto, cerca de la ventana. Las lámparas habían sido encendidas, pero los cortinajes no fueron corridos, de tal modo que podía ver claramente a Holmes, tendido en el sofá. Yo no sé si mi amigo es capaz de un sentimiento así, pero si sé que yo me sentí profundamente avergonzado y arrepentido de la falta que estábamos haciendo cuando vi a aquella hermosísima criatura, contra quien estábamos conspirando, inclinarse en un gesto lleno de gracia y bondad sobre el anciano lastimado. Pero habría sido la más

negra traición a Holmes fallarle en el asunto que me había encomendado. Traté de endurecer mi corazón y saqué de mi chaqueta el cohete de humo. "Después de todo" pensé, "no le estamos haciendo un daño real. Sólo estamos impidiendo que haga daño a otros".

Holmes estaba sentado en el sofá y lo vi moverse como quien necesita desesperadamente una bocanada de aire. Una doncella corrió y abrió la ventana. En el mismo instante lo vi levantar una mano. Era la señal. Arrojé el cohete a la habitación y grité al mismo tiempo:

—¡Fuego!

La palabra apenas había salido de mi boca, cuando toda la multitud de espectadores —caballeros, mozos, sirvientes y vagabundos— se unieron en un grito general de: "Fuego, fuego!". Gruesas nubes de humo salieron de la habitación por la ventana abierta. Percibí por el rabillo del ojo la carrera de varias personas en el interior de la casa, y un momento después, escuché la voz de Holmes asegurando que era una falsa alarma. Deslizándome por entre la multitud de curiosos y gritones, logré alejarme del lugar y llegué hasta la esquina de la calle. Diez minutos más tarde, Holmes se encontraba a mi lado. Me tomó del brazo y nos alejamos tranquilamente de aquel loco barullo. Caminamos rápida y silenciosamente durante algún tiempo, hasta que dimos vuelta hacia una de las tranquilas calles que conducen a Edegware Road.

—Se portó usted muy bien, doctor— comentó. —Nada podía haber salido mejor.

—¿Tiene usted la fotografía?

—No, pero sé dónde está.

—¿Y cómo lo averiguó?

—Ella me mostró el lugar, como le dije que lo haría.

—Todavía no comprendo.

—No quiero que esto le siga pareciendo un misterio— murmuró él echándose a reír. —El asunto es perfectamente simple. Usted, desde luego, comprendió que todas las personas que estaban en la calle eran cómplices míos. Es un grupo de actores al que contraté para mi servicio exclusivo durante estas horas.

—Me lo supuse.

—Bueno, cuando la pelea se inició, tenía un poco de pintura roja fresca en la mano. Corrí, me dejé caer, me llevé la mano al rostro y me convertí en un commovedor espectáculo. Es un viejo truco.

—También sospeché eso.

—Entonces me llevaron al interior de la casa. Ella no iba a permitir que un pobre anciano que la había salvado se quedara en la calle. ¿Qué otro cosa podía hacer? Y me llevó a la sala, que era exactamente la habitación en que yo sospechaba que tenía la fotografía. Tenía que estar allí o en su alcoba. Y yo estaba decidido a averiguar en donde... Me tendieron en un sofá, yo pedí a gritos un poco de aire, abrieron la ventana y usted hizo lo demás.

—¿En qué le ayudó lo que hice?

—Era absolutamente importante. Cuando una mujer piensa que la casa se ha incendiado, su instinto la hace correr a rescatar lo que mayor valor tiene para ella. Es un impulso incontrolable y más de una vez me he aprovechado de él. En el caso del escándalo de Darlington me fué de gran utilidad, al igual que en el

asunto del castillo Arnsworth. Una madre corre por su hijo... una mujer soltera corre a rescatar sus joyas. Yo comprendía que nuestra dama no tenía en la casa nada más valioso que la fotografía que estamos buscando. Correría a buscarla, para ponerla a salvo. La alarma del fuego resultó perfecta. El humo y los gritos eran como alterar los nervios a cualquiera, aún a las personas de nervios de acero. Nuestra amiga reaccionó tal como lo pensé. La fotografía está en un anaquel secreto de la pared de la sala, exactamente arriba de la campanilla. Se encontró allí en un instante y pude verla en el momento en que corría la puerta disimulada. Cuando grité que era una falsa alarma, la volvió a colocar en su sitio, miró el cohete, salió corriendo de la habitación y no he vuelto a verla desde entonces. Me levanté, y después de excusarme, salí de la casa. No me decidí a apoderarme de la fotografía inmediatamente, porque el cochero había entrado a la sala y me estaba observando fijamente. Me pareció más seguro esperar. La precipitación puede arruinar todo.

—Nuestra misión está prácticamente terminada. Mañana llamaré al rey, y con usted, si quiere venir, iremos directamente

voz—, dijo Holmes, siguiendo con la mirada el carruaje, iluminado apenas por la luz del farol callejero. —Pero no sé quién pueda haber sido ese jovencito.

### CAPITULO III

Dormí esa noche en Baker Street y estábamos gozando de nuestra tasa de café y nuestras tostadas mañaneras, cuando el Rey de Bohemia entró precipitadamente en la habitación.

—¿Realmente la ha obtenido?— gritó tomando a Sherlock Holmes de los hombros y mirándolo ansiosamente a la cara.

—Todavía no.

—Pero, ¿tiene esperanzas?

—Sí las tengo.

—Entonces venga. Estoy impaciente por partir.

—Necesitaremos un coche.

—Tengo mi carruaje afuera, esperando.

—Entonces eso simplificaría las cosas.

Descendimos y partimos de nuevo hacia Briony Lodge.

—Irene Adler se ha casado— comentó Holmes.

—¿Casado! ?Cuándo?

—Ayer.

—Pero, ¿con quién?

—Con un abogado inglés apellidado Norton.

—Desde luego. Mi señora me aseguró que era muy probable que viniera usted a buscarla. Salió esta mañana con su esposo, en el tren de las 5:15. Partió hacia el Continente.

—¡Qué!— Sherlock Holmes retrocedió tambaleándose, pálido de ira y de sorpresa. —¿Quiere decirme que ha salido de Inglaterra?

—Sí, para no volver nunca.

—¿Y los papeles?— preguntó el rey con voz ronca. —¿Todo está perdido!

—Ya veremos— empujó a la sirvienta a un lado y corrió hacia la sala seguido del rey y por mí. Los muebles estaban esparcidos en todas direcciones; los anaqueles se veían vacíos; los cajones estaban abiertos. Todo parecía indicar que la dama había recogido rápidamente sus pertenencias antes de emprender aquella precipitada fuga. Holmes se acercó al lugar del tiro de la campanilla, corrió una puertecilla secreta y extrajo una fotografía y una carta. La fotografía era de la propia Irene Adler, sola, vestida en traje de gala. La carta estaba dirigida a Sherlock Holmes. Mi amigo la abrió y los tres la leímos al mismo tiempo. Estaba fechada a la medianoche del día anterior y decía lo siguiente:

"MI QUERIDO SEÑOR HOLMES:

Realmente lo hizo usted muy bien. Me sorprendió completamente. Hasta la alarma de incendio no concebí la menor sospecha pero entonces, cuando descubrí como me había traicionado yo misma, empecé a pensar. Ya me habían prevenido contra usted desde hacía meses. Y me dieron su dirección. Sin embargo, a pesar de todo esto me hizo revelar lo que quería saber. Aún después de concebir sospechas, encontré difícil desconfiar de un sacerdote tan gentil y anciano. Pero, como usted sabe, yo misma he estudiado el arte de la representación. El disfraz masculino no es nada nuevo para mí. Frecuentemente me aprovecho de la libertad que da. Envié a John, el cochero, a vigilarlo, corrí escaleras arriba, me puse mi traje especial de paseo, como llamo a mi disfraz y bajé en el momento en que usted se marchaba.

Bueno, le seguí hasta la puerta para asegurarme de que realmente era objeto de interés para el célebre Sherlock Holmes. Entonces, un poco imprudentemente, le di las buenas noches y partí hacia el Temple, para reunirme con mi esposo.

Los dos pensamos que el mejor recurso era la huida, ya que teníamos frente a nosotros a un antagonista formidable. Por tanto, cuando venga a buscarnos aquella, encontrará el nido vacío. En cuanto a la fotografía, su cliente puede descansar en paz. Amo y soy amada por un hombre mejor que él. El rey puede hacer lo que guste, sin temor a que intervenga alguien a quien él traicionó cruelmente. Voy a conservarla como defensa. Es un arma poderosa y me defenderé de cualquier paso que en mi contra se pueda dar en el futuro. Le dejo una fotografía que quizás quiera conservar Y yo quedo a sus órdenes, mi querido Sherlock Holmes, como su atenta servidora.

IRENE NORTON:  
de soltera  
IRENE ADLER."

—¿Qué mujer! ¡Oh, qué mujer!— gritó el Rey de Bohemia cuando los tres terminaron de leer la epístola. —¿No les dije,



Cop. 1934, King Features Syndicate, Inc. World rights reserved.

te a la casa de nuestra amiga. Nos llevarán a la sala para esperar pero lo más probable es que cuando llegue no nos encuentre ni a nosotros ni a la fotografía. Será una satisfacción para Su Majestad recobrarla con sus propias manos.

—¿Y cuando iremos, dice usted?

—A las ocho de la mañana. Aún no se habrá levantado, de tal modo que tendremos el campo libre. Además, debemos apresurarnos, porque ese matrimonio puede significar un cambio completo en su vida y en sus hábitos. Debo telegrafiar al rey sin demora.

Habíamos llegado a Baker Street y nos habíamos detenido frente a la puerta. Mientras él buscaba las llaves en su bolsillo, pasó alguien diciendo:

—Buenas noches, señor Sherlock Holmes.

Había varias personas en la calle en ese momento, pero el saludo parecía proceder de un joven delgado que venía en un carruaje abierto, pero que continuó su camino inmediatamente.

—He oído antes de ahora esa

—Pero... ella no puede amarlo.

—Tengo profundas esperanzas de que lo ame.

—¿Por qué?

—Porque salvaría a Su Majestad de todo temor de futuras molestias. Si la dama ama a su esposo, no ama a Su Majestad. Y si no ama a Su Majestad, no hay razón para que se interponga en los planes de vuestra Majestad.

—Es cierto. Y, sin embargo... bueno, quisiera que hubiera sido de mi clase y posición. ¡Qué reina tan magnífica habría sido!— Lanzó un suspiro y se sumió en un malhumorado silencio que no fué interrumpido hasta que llegamos a Serpentine Avenue.

La puerta de Briony Lodge estaba abierta y una dama anciana se encontraba en lo alto de los escalones. Nos miró con expresión sardónica, mientras descendíamos del carruaje.

—El señor Sherlock Holmes; supongo— dijo.

—Yo soy el señor Holmes, contestó mi compañero con expresión interrogatoria y asombrada.

# LOS DESGRACIADOS

Por ALFREDO SANCHO

— I —



La importancia de César Vallejo en la poesía universal es innegable. Perú adquiriere un triunfo no sospechado por sus Academias, y nuestro Continente, una vez más, reafirma su plenitud de vida poética. Vallejo enriquece nuestro idioma con una gramática "jovial y disidente", donde las palabras se refrescan con resonancias más puras, registrando la espiritualidad incandescente y poderosa de América. Al ocuparme de su poema LOS DESGRACIADOS, recuerdo que alguien se lamentaba diciendo: "Quisiera haber nacido poeta en una época en la que con sólo nombrarlas, hubiese podido cantar a todas las cosas". Sabemos que esta suerte envidiable recayó sobre el Adán de la Biblia, pero también sabemos que el hombre adánico se ha perpetuado en generaciones ilustres, y entre éstas, muy cerca de nosotros, se encuentran César Vallejo, el insustituible cholo andino.

lo rápida y resuelta que es? ¿No habría sido una reina admirable? ¿No es una lástima que no haya sido una mujer de mi nivel?

—De lo que he visto de esa dama, me parece que realmente está en un nivel muy diferente al de Su Majestad,— dijo Holmes fríamente. —Siento no haber podido llevar el negocio de Su Majestad a una conclusión más feliz.

—¡Por el contrario, mi querido señor — gritó el rey. — ¡Nada pudo haber resultado mejor! Yo sé que la palabra de ella es inviolable. La fotografía está ahora tan segura como si estuviera en el fuego.

—¡Me alegra oír decir eso a Su Majestad!

—Me siento inmensamente agrado con usted. Le suplico que me diga en qué forma puedo recompensarle. Este anillo.— Extrajo de su dedo un anillo en forma de serpiente, con una esmeralda en el centro, y lo extendió hasta mi amigo, colocándolo en la palma de su mano.

—Su Majestad tiene algo que vale mucho más para mí — dijo Holmes.

—No tiene más que pedirlo.

—¡Esta fotografía!

El rey lo miró con expresión de asombro.

—¿La fotografía de Irpne?— gritó. — ¡Si la quiere, es suya.

—Agradezco mucho esto a Su Majestad. Entonces, no queda más por hacer en este asunto. Tengo el honor de desear a usted muy buenos días.— Hizo una reverencia y se dió la vuelta sin hacer caso de la mano que el rey le extendía. Salió de la casa en mi compañía y nos dirigimos de nuevo a sus habitaciones.

Y así fué también como los mecándalo que amenazaba afectar seriamente al reino de Bohemia. Y así fue también como los mejores planes de Sherlock Holmes fueron arruinados por el ingenio de una mujer. Antiguamente mi compañero acostumbraba burlarse mucho de la supuesta inteligencia femenina, pero no he oído que lo haga a últimas fechas. Y cuando habla de Irene Adler, o cuando se refiere a su fotografía, siempre lo hace bajo el honorable título de la mujer.

Ya va a venir el día; da cuerda a tu brazo,

¿Cuántas veces se necesita des- perezar el cuerpo que ha sido entumecido, por una posición incómoda, en el sueño? Un miembro maltratado necesita ejercicio que le retorne el vigor, por eso

da cuerda a tu brazo, búscate debajo del colchón.

Y aquí precisamente la idea de que no se ha dormido en sitio blando, sino debajo de lo que pudiera serlo; el piso duro y desacolchado. Idea que se asocia a tener motivo para remover el brazo, resentido por lo desacomodado del lecho. Es obvio que hay gentes que duermen de perfil, y viven de perfil, y mueren de perfil, recargando sobre un lado sus vidas y sus muertes, y en este perfil de su existencia un brazo soporta la carga de un cuerpo expuesto a la calamidad de endurecido lugar. La metáfora muy precisa de buscase debajo del colchón, cobra gran sentido para los desgraciados, quienes no teniendo cobertor ni cama, despiertan sintiendo encima de ellos la angustia de lo que carecen. Esta carencia agobiadora los obliga, para situarse en el mundo y encontrarse a sí mismos a buscarse ahí donde las cosas les faltan. El colchón, después del campo raso que ha lastimado sus miembros, se convierte en una obsesión, y también en un guía que les hace saber donde están, después de constatar su ausencia. En situación semejante y por el dolor mismo que acarrea, resulta oportuno que diga y reconvenga luego del

búscate debajo del colchón, vuelve a pararte en tu cabeza, para andar derecho.

No cabe duda que el mundo anda de cabeza, y que el hombre también, para estar acorde con él. Pero una cosa es andar de cabeza, y otra, andar con la cabeza, que si esto último hiciésemos todo marcharía mejor, pues el mal que padece nuestro tiempo es un mal de la inteligencia. La idea expresada por Vallejo va mucho más allá. Pararse en la cabeza es estar sostenido y dirigido por ella, apoyarse sobre un objeto que se supone nos debe conducir con rectitud. Y dice, pararse en ella, para ponerla a salvo, ya que si dijese andar con ella, sabría lo temerario que a un desgraciado tal proposición le resulta, pues en un mundo que le ha negado y le ha quitado todo, debe utilizar, defendiendo y ocultando, lo que tanto necesita: la cabeza, para andar derecho. Y aquí, andar derecho, matiza con hondo sentido la rectitud, la conformidad, la bondad, la resignación, elementos del acendrado cristianismo vallejiano.

Ya va a venir el día, ponte el saco.

Ponte el saco. Pero, ¿lo tendrá acaso? ¿Tendrá siquiera nada que ponerse? ¿Y si lo tuviese, ya no lo tendría puesto como abrigo? Dejémoslo en suspenso.

— II —

Ya va a venir el día; ten fuerte en la mano a tu intestino grande.

Una manera de sujetar el bazo

bre. Sucede muchas veces que oprimiendo alrededor de la herida que nos duele, sentimos por un instante la liberación de su asedio. Y acostumbrarse en los rompimientos de venas hacer presión de un lado para evitar la sangría. También recuerdo haber experimentado en días de debilidad, que sostener la respiración y hundir el estómago me reconfortaba el ánimo. La palabra fuerte indica la violencia con que debe hacerlo un hombre condenado a iniciar el día con el ayuno a cuestas. Echase de ver que el intestino grande es calificado de tal modo no por su contextura fisiológica, sino por la longitud de su padecimiento. Y entonces:

reflexiona antes de meditar,

como conveniencia inmediata; no porque la reflexión se prefiera al meditar, sino porque la meditación fertiliza mejor en la tranquilidad y la holgura, y la reflexión, menos honda, y más de la inteligencia que del alma, puede despejar mejor la cabeza del desgraciado para que se encamine y oriente; al mismo tiempo, el desgraciado se puede aplicar mejor a ésta que menos exigencias tiene, que a aquélla que más desgarramientos exige. No obstante, no desaconseja que la excluya, más bien quiere, antes de comprometerse en la meditación, reflexione los asuntos que le son importantes meditar, madurar en su interioridad, para hacer soportables sus pesares. Y se nota también la economía de tiempo, queriendo preser varlo de las meditaciones inútiles, a las que sólo tienen derecho las clases privilegiadas que pueden derrochar los minutos. Esto que lo llena de espanto y lo hace ver injusticia, al mismo tiempo lo asegura en ello:

pues es horrible cuando le cae a uno la desgracia y se le cae a uno a fondo el diente.

Es necedad insistir que, por ese mismo caernos la desgracia, no tenemos oportunidad para dedicarnos a la meditación necesaria. Que se le caiga a uno a fondo el diente es un complemento sabroso del verso que lo precede y no hace más que asumir la misma idea.

— III —

Necesitas comer, pero, me digo, no tengas pena, que no es de pobres la pena, el sollozar junto a su tumba;

Algo, por ser tan de uno, llega casi a no serlo. Así la pena del pobre en cuanto a comer se refiere. Ortega y Gasset ha dicho: "de puro sabido se me olvida", y siendo propicio citarme, una vez, dije: "de tanta luz que parecía tinieblas". También San Antonio Mártir alegaba que se llega a la perfecta oración cuando oramos sin darnos cuenta de que lo estamos haciendo. Lo que el pobre sentiría como suyo es la alegría; aquello que por hacerle falta adquiriera, y no la pena, pues la pena es él mismo, y no puede negarse no teniéndola. El sollozar junto a la tumba es más claro y tal vez más doloroso. El mal que no tiene remedio, inútil es llorarlo. ¿De qué vale sollozar junto a la tumba, si allí donde no hay remedio, resignanse los más grandes sufrimientos?



Remiéndate, recuerda, confío en tu hilo blanco.

Remendarse es enmendarse muchas veces. Si se está roto y despedazado es conveniente hacerlo, y no tanto en la tela como en el alma. El hilo blanco es esa bondad y pureza del pobre en quien confía. No tengas odios, entrégate al día con sentimientos cristianos, es decir,

confío en tu hilo blanco, fuma,

y aquí, algo inocente en que ocuparse; fuma; pues si el remiéndate fallase, mejor que se distraiga fumando, antes que el mal tome cuerpo, o pasando lista a su cadena y guardándola detrás de su retrato. Esto es, repasando su vida, la cadena de sus recuerdos. Si, fuma,

pasa lista a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato,

donde la palabra cadena tiene doble sentido, el de concatenación de ideas y el de sujeción penosa. Entretanto en eso y olvidado; guárdalo detrás de tu otro yo, del retrato, del tú que fuiste y ya no eres, porque te preparas a vivir de nuevo. En Vallejo, como se nota, el desgraciado guarda un sentimiento de redención y esperanza, y el retrato simboliza esa cosa muerta de lo que uno ha sido.

Ya va a venir el día, ponte el alma.

Es decir, ármate para estar dispuesto. Y ahora se me ocurre que cuando dijo ponte el saco, dijo: vive como si lo tuvieses todo.

— IV —

Ya va a venir el día; pasan han abierto en el hotel un ojo, azotándolo, dándole con un espejo tuyo...

El verbo pasar, en su forma impersonal del presente de indicati-

# DE CESAR VALLEJO

y la nación reciente del estómago.

¿Y quién no temblará de rabia ante tal situación? Sin embargo,

es el estado remoto de la frente,

la concatenación de sus mismos y antiguos recuerdos, el "pasa lista a tu cadena", con sus acontecimientos penosos, que debe hacer soportables para resistir la vida, y para lo cual el mandato necesario: **Ponte el alma.** Pero, se tiembla también por

la nación reciente del estómago,

esa necesidad de alimentarse, de la que ningún mortal puede eximirse.

Roncan aún... Qué universo se lleva este ronquido... Roncan está usado en el mismo caso de pasan. En la ciudad, muchas gentes se permiten el lujo de roncar todavía, mientras los desgraciados deambulan por las calles, y la imprecación: "Qué universo se lleva este ronquido", revierte de lo más hondo, como una trágica ironía, ante un mundo desigual y sordo, por lo cual, la estrofa se completa con acierto en los siguientes versos:

Cómo quedan tus poros enjuicián dolos, con cuántos dioses, ay, estás tan sólo.

Ya va a venir el día, ponte el sueño.

Y el ponerse el sueño, como todas las palabras de Vallejo, adquiere resonancias novedosas y matices diversos, significando no sólo el sueño ordinario de los que roncan aún, sino el que cada uno concibe a su manera, de sabor súbito, y que está en nosotros como una floración sobre la muerte.

— V —

Ya va a venir el día, repito por el órgano oral de tu silencio.

La sonoridad del silencio ha sido muchas veces percibida. En De bussu, por ejemplo, son más elocuentes los silencios, que los bloques expresivos de armonía que conjuga. Y en Vallejo, el silencio tiene la fuerza de la callada experimentación de la miseria, fuerza viva de un sentimiento que se denuncia y acusa.

Y urge tomar la izquierda con el hambre y tomar la derecha con la sed;

pues el hambre y la sed son naturales del pobre, los asiste con insistente frecuencia, y hay que tenderles ambas manos como a compañeros y cuasa de infortunios. Urge, matiza la valiente resignación vallejana.

De todos modos, abstente de ser pobre con los ricos, atiza tu frío, porque en él se integra mi calor, amada víctima.

El frío que padecen, unidos los hace calentarse a todos. Por eso,

ya va a venir el día, ponte el cuerpo.

— VI —

Ya va a venir el día; la mañana, la mar, el meteoro, van en pos de tu cansancio, con banderas.

Los desgraciados no tendrán participación en los bienes civiles y sociales, pero nadie podrá arrebatarles lo que a todos en propiedad común pertenece, como son el aire, el sol, en fin: "la mañana, el mar, el meteoro", que detrás del cansancio de sus vidas traen las banderas de Dios.

Y, por tu orgullo clásico, las hienas cuentan sus pasos al compás del asno.

El orgullo clásico es el viejo orgullo de la tradición cristiana: "Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos". Y por la prueba heroica de sus privaciones y padecimientos, las hienas, los explotadores, se ven constreñidos a no seguir despedazándolos, a detener su voracidad immoderada, restringiendo los límites de la explotación a una lentitud rítmica, como la marcha del asno.

La panadera piensa en ti, el carnicero piensa en ti, palpando el hacha en que están presos el acero y el hierro y el metal.

No es que la panadera o el carnicero estén pendientes de las limosnas que los desgraciados demandarán ese día, simplemente existe la posibilidad de que no nieguen el pedazo de pan ni el hueso duro. La forma como Vallejo imprime, en el ánimo de los desgraciados, confianza hacia su prójimo, es otorgando con el verbo pensar una actitud alentadora. Es cierto, hay quienes piensan en los pobres, pero también reconoce la ferocidad que a veces se ofrecen las limosnas, y por eso ha dicho:

palpando el hacha en que están presos el acero y el hierro y el metal;

contraste poderosamente plástico del carnicero, que prueba el filo del arma con que de buena gana degollaría al indigente. Ahora bien, en el hacha están presos el acero y el hierro y el metal. Sabemos que tan metal es el hierro y el acero como el metal mismo, pero ahora es un elemento nuevo el metal, de género pasa a ser especie, y especie de culpabilidad en las intenciones de carnicería de su dueño.

Jamás olvides que durante la misa no hay amigos.

La salvación teológica es individual. Salvarse es un negocio exclusivo de cada ser humano. El desgraciado, más solitario que nadie, debe recordarlo. Y la palabra misa, en Vallejo no es sólo una función litúrgica, sino una referencia a todos los actos de la vida.

Ya va a venir el día, ponte el sol.

Ponte lo que hace evidentemente al día ser día, para que en ti lleves lo que tienes, que vivir, y tan penosa y heroicamente atra vesar.

— VII —

Ya viene el día; dobla, el aliento, triplica tu bondad rencorosa y da codos al miedo, nexo y énfasis,

No hay remedio, el día viene, ya casi está frente a nosotros. El desgraciado tiene que aceptar lo, y como a él le es más penoso

existir, doble el aliento, porque con el que tiene no basta.

Triplifica tu bondad rencorosa.

Vallejo, por su incontrastable cristianismo, reconoce que toda bondad a fuerza de injusticias se tiñe de rencor. Y apreciando que se necesita más de la bondad que del aliento, dice triplicata, pues siendo bondad no importa como sea,

y da codos al miedo, nexo y énfasis.

En los apretujones de la multitud nos abrimos paso con los codos, también de este modo hay que abrirse contra lo que nos oprime y asusta. Y miedo es el que producen los explotadores, los cuales en este miedo ponen énfasis para perpetuar la esclavitud de los pobres, y este miedo es además el que los liga a ellos, y del cual se valen para imponer su señorío. De ahí, da codos al miedo, nexo y énfasis, indagación concisa y concentrada.

Pues tú, como se observa en tu entrepierna y siendo el malo, ay, inmortal, has soñado esta noche que vivías de nada y morías de todo.

Lo que se puede observar entre las piernas es la virilidad, que dice un dicho popular que ahí se tiene. Y está seguro el poeta que los desgraciados tienen tanta, que aún siendo la maldad, y quien la representa, inmortal, sacan fuerza para vivir de nada y morir de todo. Ahora, vivir de nada es la situación que constantemente no ha estado pintando en el poema y morir de todo es la agonía universal de los santos, que viven muriendo, y mueren para que nadie se pierda, para que todo renazca a mejor vida.

Quiero terminar diciendo que la peor desgracia que a la poesía podría ocurrirle es que tuviese necesidad de un intérprete. La intuición, que salva a los poetas, es la que salva al consumidor de poesía. Pues, lo que tras un insistente esfuerzo personal no logra captar el alma, eso vano será que se le explique. Siendo que pesa extraordinariamente aquella declaración de Walt Whitman: "¿Para qué habéis aprendido a leer, si no sabéis interpretar mis poemas?" ahora, dejémosle la palabra nuestro César Vallejo.

## LOS DESGRACIADOS

Ya va a venir el día; da cuerda a tu brazo, búscate debajo del colchón, vuelve a pararte en tu cabeza, para andar derecho. Ya va a venir el día, ponte el saco.

Ya va a venir el día; ten fuerte en la mano a tu intestino grande, reflexiona, antes de meditar, pues es horrible cuando le cae a uno la desgracia y se le cae a uno a fondo el diente.

Necesitas comer, pero me digo, no tengas pena, que no es de pobres la pena, el sollozar junto a su tumba; remiéndate, recuerda, confío en tu hilo blanco, fuma, pasa lista a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato. Ya va a venir el día, ponte el alma.

Ya va a venir el día; pasan, han abierto en el hotel un ojo, azotándolo, dándole con un espejo tuyo... Tiemblos? Es el estado remoto de la frente y la nación reciente del estómago. Roncan aún... Qué universo se lleva este ronquido! Cómo quedan tus poros enjuiciándolo! Con cuántos dioses, ay, estás tan solo! Ya va a venir el día, ponte el sueño.

Ya va a venir el día, repito por el órgano oral de tu silencio y urge tomar la izquierda con el hambre y tomar la derecha con la sed; de todos modos abstente de ser pobre con los ricos, atiza tu frío, porque en él se integra mi calor, amada víctima. Ya va a venir el día, ponte el cuerpo.

Ya va a venir el día; la mañana, la mar, el meteoro, van en pos de tu cansancio, con banderas, y, por tu orgullo clásico, las hienas cuentan sus pasos al compás del asno, la panadera piensa en ti, el carnicero piensa en ti, palpando el hacha en que están presos el acero y el hierro y el metal; jamás olvides que durante la misa no hay amigos.

Ya va a venir el día, ponte el sol

Ya viene el día; dobla, el aliento, triplica tu bondad rencorosa y da codos al miedo, nexo y énfasis, pues tú, como se observa en tu entrepierna y siendo el malo, ay, inmortal, has soñado esta noche que vivías de nada y morías de todo...

# La Producción Shakespeariana en el Cinema

(Se refiere esta nota a la película "Julio César", estrenada hace poco tiempo en nuestros teatros)

Por John Beaufort



OHN Houseman, productor, y Joseph Mankiewicz, director, ambos de la casa Metro - Goldwyn - Mayer, han hecho una adaptación cinematográfica digna y fascinante, y al mismo tiempo bastante fiel, de la obra "Julio César", de Shakespeare.

No está a la altura de "Enrique V" ni de "Hamlet" en que Sir Laurence Olivier desempeña el papel de protagonista, pero la nueva adaptación de una obra clásica, llevada al cinema por la Metro-Goldwyn-Mayer es un evento cinematográfico de real importancia.

"...;Cuántas generaciones pasarán que vean representar ésta, nuestra excelsa escena, en naciones no incubadas aún y en lenguas todavía no conocidas!" — ¡Cuán en lo cierto estaba Cayo Casio, el hombre de la mirada seca y vacía! Pero lo estaba sólo a medias. Ni Shakespeare ni su público han creído que el asesinato sea excelso. Pero gracias al Poeta de Avon dicha escena se ha venido representando por unos — 350 años hasta que finalmente ha hecho su arribo a uno de los estudios cinematográficos de California para que la obra pueda llegar hasta todos los públicos del mundo en su versión cinematográfica.

Tal vez el problema más difícil que ofrecía la filmación de "Julio César" consistía en tratar de complacer al inmenso público de todo el mundo, para el cual esta obra es muy familiar por conocerla desde los años escolares. Sus adaptadores han tenido muy en cuenta esta circunstancia, habiéndose apegado al original con la mayor fidelidad posible. Como en toda obra de adaptación tuvieron que hacer cortes, algunos de los cuales podrían, tal vez, aceptarse como necesarios.

El más importante y menos justificado es el de la breve, pero notable, escena en que Shakespeare describe la furia de una multitud sedienta de sangre. Es la escena en que un grupo de amotinados romanos, hábilmente inducidos por Marco Antonio, caen sobre Cina, el poeta, y agolpean a este infortunado semejante hasta dejarle sin vida, ignorando sus protestas de que Cina, el conspirador, es otro y no él. Este y otros cortes de menor importancia le restan mérito a la versión cinematográfica de Shakespeare.

En el resto de la obra, los adaptadores le rinden verdadero honor a Shakespeare, en vez de mutilarle. En su labor fotográfica han evitado el uso de ciertos recursos técnicos que se emplean en casos extremos. En vez de la flamante película en colores han preferido la hecha en blanco y negro, menos ostentosa, pero más real en sus efectos. A medida que la conspiración va tomando cuerpo la cámara lo refleja, intuitivamente, presentando mayor número de pequeños grupos y detalles.

Los extraños sucesos ocurridos por la noche, en la víspera de los fatales idus de marzo, son llevados a la mente del espectador por medio de efectos lumínicos y acústicos. Aún la Batalla de Philippi se ha mantenido dentro de la legítima esfera de acción del cinema en vez de explotar el tema como un espectáculo con sus propios méritos. El énfasis se ha colocado en la acción y en los caracteres.

Esto resulta doblemente afortunado porque en esta versión de "Julio César" la actuación es notable en algunos casos. Es magnífica la personificación de Casio por Sir John Gielgud y la de Bruto por James Mason.

Casio, personificado por Sir John, envidia con igual violencia y esplín a César como adula, con violencia a Bruto. Tal vez el mayor mérito de la cinta sea la participación de este actor, que es uno de los más grandes actores de habla inglesa, en obras clásicas, desempeñando el papel de rígido y empedernido jefe de conspiradores.

Mason nos da la mejor actuación de su carrera cinematográfica al personificar al "más noble de todos los romanos". Es el hombre que se une a la conspiración del asesinato sólo por haberse convencido de que el acto era necesario para acabar con la tiranía y hacer renacer la libertad. Mason desempeña bien su papel al darnos la impresión de la lealtad que Bruto era capaz de inspirar. Mason y Sir John actúan con gran acierto al revelar, en su fondo, la amistad que había entre Bruto y Casio, tanto durante su querrela como su reconciliación, al final de la tragedia.

Marco Antonio, en su personificación por Marlon Brando, es figura de menor importancia, pero el actor desempeña su papel con inteligencia clara. El soldado y político es un hombre de temple. Sin embargo, la famosa oración fúnebre resulta altisonante y no parece que Marco Antonio calcula bien sus efectos.

La personificación de César por Louis Calhern da la impresión — tal vez a causa de la interpretación del director de un tirano apocado más bien que de un tirano poderoso. Por tal razón, los conspiradores no nos parecen tan audaces.

Otros papeles principales son los de Edmond O'Brien (Casio), Greer Garson (Calpurnia), y Deborah Keer (Porcia).

Esta es la primera obra clásica dirigida por Mankiewicz. Es uno de los directores más notables de Hollywood, habiendo recibido premios de la academia de arte cinematográfico por sus películas "Una Carta a Tres Esposas" y "Todo Acerca de Eva". Houseman fué productor de "Julio César" y director de "El Rey Lear" en Broadway.



Impresiones mexicanas.—

# El Paisaje yendo a Tula

Por Luis Ferrero Acosta



L Estado de Hidalgo, donde se localiza Tula, es muy seco, tremendamente seco y el terreno salitroso. Los suelos sin árboles casi, y erosionados me hicieron pensar constantemente en el gran peligro que amenaza a Costa Rica: la deforestación. Antes lo creía propaganda política, pero las consecuencias son duras y amargas. Lo veo constantemente en el Valle de México, en la Meseta Central, que no es hoy día ni recuerdo de lo que debió haber sido en tiempos pre-hispánicos. Aquí, en esta tierra, es muy necesaria una rigurosa ley que proteja las riquezas forestales. Igual sucede con Costa Rica; lo cierto es que entre nosotros existe una fobia por el árbol y se le corta sin misericordia, sin pensar en la conservación de los recursos naturales. La experiencia que recibo aquí es sumamente dolorosa y no quiero verla repetida en nuestra querida y suave tierra. Debemos reglamentar estrictamente este mal. Aun somos pueblo agricultor — irónicamente nos llaman así! —, pero ignoramos el verdadero cultivo? Podremos llamarnos, a conciencia, un pueblo agricultor?

En camino a Tula, los terrenos enseñan con dolor la tierra erosionada, carente de follaje. De vez en cuando, como fantasmas, aparecen las verdísimas frondas del Pirul, parecido a nuestro Sauce Llorón.

La tierra es a ratos, de un color cinamono y a otros de un verde de musgo. Es su color auténtico. La cubren, ocasionalmente, huizaches y mezquites, planta la última de flor amarilla y cuyo fruto en vaina se come igual que la nuez. Nopales, los deliciosos nopales, tan decorativos y característicos, cardones y cactus, es la vegetación corriente.

El Pirul es una nota discordante en el paisaje yendo a Hidalgo, no obstante de darle fisonomía. Es extraño apreciar al verde de su follaje.

Choca violentamente! Igualmente causan extrañeza los cultivos de alfalfa, cebada y maíz que se ven como manchones. Porque Hidalgo, además de ser región minera lo es asimismo agrícola y pecuaria.

Extensos secadales en una tierra asombrosamente fértil. Es necesario el riego. Los plantíos de alfalfa, con su verde penetrante a clorofila, con su serena majestuosidad, hablan muy en claro del enamoramiento rendido. A la tierra hay que enamorarla, solía decirme en Costa Rica un campesino. Cuánta razón en tan simple sabiduría! Hay que ganar su amor y cuando se la enamora entregase ésta con facilidad y prodigalidad asombrosas. Aquí, en la vía a Tula, atravesadas por el ferrocarril, las tierras cultivadas con mimos y caricias lo corroboran.

El clásico arado nuestro, tirado por bueyes, no existe en esta región. La agricultura está mecanizada. Vi algunos labriegos manejando potentes tractores. Mi deseo férvido era conversar con ellos: conocer sus problemas e inquietudes, sus afanes y dolores. Quise detenerme a auscultar estas vidas, a sentir el vigor de la sangre mexicana, a renacer dolorosamente en una tierra prepotente y joven. No fué posible por la

velocidad con que viajan los trenes, confortables y hermosos, hay que decirlo en honor y honra del ferrocarrilero mexicano. Tenemos mucho que aprender de esta nación!

— La tierra no sólo entrega al hombre, con abundancia prodigiosa, sus frutos, sino los tesoros de sus entrañas. Fábricas de cemento — nota del hombre adicionada al paisaje —, tienen instaladas aquí sus tiendas reales. Cerros enormes, moles imponentes, que alzan altaneras sus crestas entregan también al amante hombre, al laborioso varón sus piedras, junto con la tierra verduzca, que son acarreadas por extensa red mecánica, a los trituradores, y hornos de fundición. Penachos blancos, unas veces, otras lirios de luto, como llama Jules Renard las humaredas de las chimeneas, evidencian el ardor, desasosegamiento e inquietud con que se trabaja. Es corriente ver filas de camiones transportando cemento; parecen filas de hormigas cargadoras rumbo a sus cuevas...

El panorama es desolado, triste, uniforme, igual de tono e interés... En la lejanía algún Pirul; burritos cargueros; un pastor con sus ovejas, cuidándolas con insólita paciencia. Mientras tanto, aunado a la monotonía del paisaje, piedras sobre piedras, diseminadas en colinas de leves ondulaciones. Más piedras y más secadales... Pirules, cactus y mezquites...

Tal es el paisaje enmarcador, sustentador y vivificador de un pueblo, quizá el más pacífico, leal y honrado de México: el pueblo de Tula, Hidalgo. Y hay razón para serlo: Tula fué la ciudad de Quetzalcoatl, el enorme dios civilizador, cuya obra es simbolismo puro de lo que aspira el noble pueblo mexicano, con su cultura enraizada miles años atrás, mezclada con otras culturas, acrisolada, fermentada y refinada.

En Tula, Hidalgo, 1954

"En nuestras tres cadenas de montañas andinas vive un pueblo al que le han podido quitar todo, menos la voluntad de permanecer, que es la primera y más honda forma de la esperanza... Alienta esa voluntad esperanzada una impeterrima voluntad vital; paciencia frente a la adversidad; orgullo abroquelado de silencio que se rinde sólo ante la voz de la hermandad; fuerza de la sangre que convierte en un don el simple hecho de existir; irrenunciable apego a la tierra madre; ninguna vanidad frente al éxito y ningún desaliento frente al fracaso; afición acendrada por la música, el color, la forma y la leyenda; trabajo es equipo y ayuda mutua dentro del trabajo; respeto por el mejor, que no excluye el espíritu democrático. Existe allí toda una filosofía, por mucho que el indio no la haya organizado bajo ningún nombre, y una clara ley vital que lo protege, por mucho que entre las escritas no lo proteja bien ninguna... Frente al ciego desdén y la implacable violencia del señor feudal, el indio mantiene su personalidad y espera sin renunciar." **Ciro Alegria: El Mundo es Ancho y Ajeno.**



# FACUNDO

Por Gonzalo Chacón Trejos



UANDO don Juan Rafael Mora llevó a los costarricenses a la guerra contra Walker, Facundo Quijano tendría cuarenta años; era entonces alegre, parlanchín, dado a la broma y la jarana; se ganaba honrada y fatigosamente la vida vendiendo baratijas en San José y los pueblos vecinos que recorría a pie con su maleta de buhonero a la espalda. Al estallar la guerra se ofreció para soldado, mas como sobraban voluntarios de 18 a 25 años, le negaron el enganche, de lo que se consoló contribuyendo con un quintal de totopostes que él mismo fué a entregar al general Cañas, quien le dió las gracias y un efusivo apretón de manos.

Al retornar las tropas que fueron licenciadas en Liberia a consecuencia de haberse desatado entre ellas el cólera morbus, la peste invadió el territorio y fué en San José donde más víctimas ocasionó. A fines de junio de 1856 estaba la peste en el apogeo de su estrago, y la mortandad era tanta, que fué necesario abrir un nuevo cementerio. Así nació el desaparecido Cementerio del Cólera, contra cuyos muros se fusiló a muchos criminales, hasta que el general Guardia suprimió la pena de muerte.

Los sepulcros, que hacían su macabro oficio bajo tremendas amenazas y la compulsión de las autoridades, apenas tenían tiempo de cavar grandes zanjas, donde echaban en montones los cadáveres que recogían apresuradamente, a veces medio desnudos, conduciéndolos en carretas tiradas por bueyes. Muchos habitantes de San José huyeron hacia los campos; en la ciudad horrorizada y tétrica, tan sólo interrumpía el mortal silencio ayes, quejas, lamentos y lamentos; el fúnebre traqueteo de las carretas cargadas de muertos, las voces de los sepulcros, y el piadoso murmullo de los que recorrian la ciudad rezando con lastimera voz y ardiente fe en la procesión de la imagen del Dulce Nombre de Jesús. El doliente tañido de las campanas se mezclaba al sordo rumor de las oraciones, lamentos y gemidos, aumentando el espanto de los sanos y el horror de los enfermos, algunos de los cuales, llegados desde lejanos lugares en busca de auxilio y medicinas, agonizaban en las aceras y en los cajones de las puertas.

Por las desoladas calles ambulaban gentes sucias, desgarradas, las ropas en desorden y los semblantes pálidos y demudados; familias enteras murieron dejando sus casas en completa soledad; y se dió el caso de que algunos desgraciados murieran olvidados en una casa desierta, denunciando el nauseabundo olor de sus cadáveres el tristísimo suceso.

Estaba la epidemia en lo más álgido cuando Facundo se sintió atacado de vómitos y mareos; la congoja de su familia, de la que era único sostén, fué enorme; le aplicaron los remedios más afamados: jugo de limón, lavativas de malva y vinagre, polvos de cabro, agua bendita en cucharadas, oraciones milagrosas, la novena de San Roque sobre la boca del estómago, guaro con tabaco y sudoríficos; lo que dió por resultado que a las pocas horas Facundo se quedara rígido y frío

sobre el esterón. Los gritos y lamentos de los familiares atrajeron a los sepulcros, que entraron en la casa preguntando dónde estaba el muerto. Les señalaron el cuerpo exánime de Facundo, al que tomaron por los pies y los brazos, y tal como estaba, envuelto en una sábana, lo sacaron a la calle y lo echaron a la carreta, que siguió su camino hacia el cementerio.

A cada tumbo, a cada sacudida de la carreta, la masa de cadáveres se estremecía con movimientos espantosos, y por entre la confusión de cuerpos lívidos se veía piernas y brazos salir fuera de los parales, cabezas quedar colgantes y soltarse cabelleras en desolados rizos, mientras aumentaba la fealdad de tan espeluznante espectáculo los gritos de los sepulcros y los bramidos de los bueyes, urgidos por el chuzo despiadado sobre los flancos sangrantes.

Cuando la carreta en que iba el cuerpo de Facundo llegó a lo alto de la cuesta del Panteón, ya había cerrado la noche. Los enterradores encendieron linternas y penetraron con la carreta al cementerio.

El cielo sin una estrella estaba negro; del aire quieto, como sobrecogido de pavor, caía un bochorno abrumador que envolvía la naturaleza silenciosa.

A la macilenta luz de las linternas, que parecían fuegos fatuos en aquel lóbrego recinto, los sepulcros fueron echando uno a uno los cadáveres al negro fondo de la zanja, donde caían produciendo un golpe seco y apagado; luego los cubrieron con cal viva, y ya se disponían a echar la tierra encima cuando de pronto sobrevino un formidable aguacero que los hizo alejarse a toda prisa para guarecerse y tomar un trago, pues hacían su trabajo "a media ceiba", es decir, casi borrachos.

Mientras tanto, entre el montón de muertos, en el negro fondo de la zanja, bajo el aguacero torrencial, comenzó a rebullir el cuerpo de Facundo, a quien la cal viva en efervescencia hacía estornudar estrepitosamente.

¿Qué había pasado? El agua fresca y las fuertes emanaciones de la cal viva lo despertaron de su sueño, que pudo ser eterno. El horror que Facundo tenía a la peste enfermó sus nervios, rompió su fortaleza, y en su neurosis se creyó atacado de la peste, cayendo en estado cataleptico, dando así motivo para que lo creyese muerto.

Facundo comenzó a rebullir con débiles lamentos, abrió los ojos, se incorporó con dificultad, desprendiéndose de la trabazón de varios cadáveres ya rígidos, extendió los brazos, explorando en la oscuridad, palpó, tocó narices y orejas, metió los dedos en bocas viscosas, asíó cabellos, dedos, rótulas y cráneos... Entonces, de súbito y con lucidez perfecta, lo comprendió todo, dándose cuenta exacta de lo que con él había sucedido; horrorizado ante la idea de ser enterrado vivo, dió un grito agudísimo, sintió helársele la sangre, erizársele los cabellos, trabársele la lengua y paralizársele

el corazón; en vez de caer allí mismo muerto de miedo, saltó con desesperación sobre los cuerpos empapados de agua y lodó fuera de la zanja, echó a correr entre la negregura de la noche, brincó la cerca del cementerio y corrió en fuga loca cuesta del Panteón abajo, como un fantasma aterrador, blanco de cal hasta el pelo, envuelto en la sábana, con el pelo erizado y los ojos encendidos como brasas. A su paso se atrancaban con estrépito las puertas, temblaban los serenos de pavor, todo era confusión, Jesús! y ¡San to Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal!

Llegó a la puerta de su casa y llamó con gritos desesperados; sus familiares, que en ese momento rezaban por el eterno descanso de su alma, acudieron con candelas encendidas y abrieron la puerta. Quedaron paralizados de horror. ¡El ánima temerosa de Facundo venía del reino espantoso de la Muerte..!

Hubo horribles gritos, síncope, carreras y confusión terrible. Facundo intentó explicar, pero su aspecto de sombra del otro mundo no le permitió ser atendido, ni su lengua paralizada articuló palabra.

Al día siguiente todo se aclaró y la gente novelera sufrió gran desilusión. Facundo era un dichosísimo mortal que, gracias al torrencial aguacero de la noche anterior y a las emanaciones de la cal, escapó de que lo enterraran vivo. ¡Horror!!!

Pero a consecuencia del tremebundo susto estuvo muchos días entre la vida y la muerte; cuando desaparecieron la fiebre cerebral y los delirios quedó medio atontado y tartamudo para el resto de su larga vida. Como era un chiflado apacible, inofensivo, bondadoso, y su presencia recordaba el drama de su vida y día de suprema angustia por todos compartida, en las casa principales le daban acogida cariñosa, un plato lleno en la cocina y ropa de los señores, por la que se pirraba el buen Facundo. Nada le agradaba y envanecía tanto como vestir de levita o frac, chistera, zapatos de charol, enorme duello tieso, vistosa korbata, y ponerse grandes flores en la solapa. Vestido miserablemente de gran señor con ropas demasiado holgadas y descoloridas, camisa finísima muy sucia, los zapatos destrozados y los ruedos y mangas vueltos hacia fuera, pues eran demasiado largos para su pequeño cuerpo, apoyado en un grueso bastón, arrastraba por San José sus viejos pies fatigados y vacilantes; era grotesco y enfermeador. Así aparece en una vieja fotografía, tomada cuando Facundo tenía unos ochenta y cinco años de edad: era entonces un viejecito encorvado, tembloroso, de ojos garzos que brillaban por entre la maraña de las abundantes cejas blancas con una rara expresión de espanto y dulzura; su voz, profunda y grave, salía balbuciente y lenta de su pecho como del fondo de una sepultura.

Siempre hablaba de la hora de su muerte, en la que pensaba constantemente; su conversación era siempre cortada por expresiones como éstas: Después de que tome esta sopa, caigo muerto... Mañana amanezco muerto... En cuanto llegue a la esquina, caigo muerto...

Padecía una obsesión resignada de la muerte, que tardó como noventa años en acordarse de él.

## MUSICA DE XOCHIMILCO

por Jorge Carrera Andrade

Los canales orlados de flores se pueblan de numerosas barcas también floridas y cargadas de frutas. El aire entretreído de sol, envuelve todas las cosas en su finísimo velo de oro. La naturaleza parece ataviada como para una boda. Entonces, en medio de ese fasto natural, se alza una música extraordinaria, maravillosa, y un coro de voces varoniles hace vibrar de júbilo el paisaje.

Son los MARIACHIS, los músicos populares, los mensajeros de la alegría, que hablan el lenguaje profundo de México, el lenguaje del corazón, antiguo como la tierra y siempre nuevo como el sol matinal. ¿De dónde vienen estos cantores? Vienen de la víspera oscura de la Conquista, de las tierras de Jalisco y de Nayarit. Vienen de las tribus enigmáticas de los CORAS y los HUICHOLES, que heredaron de los colonizadores hispánicos esas guitarras apasionadas y esas suspirantes vihuelas.

Charros infatigables, cuya voz conoce todos los secretos de la dulzura, de la pasión y de la nostalgia, ellos saben dar a sus guitarras entonaciones humanas. Las guitarras hablan, en sus manos, de amor o de coraje. La primera noche de su llegada a México, la desventurada Emperatriz Carlota las oyó hablar y experimentó una emoción extraña, en la que había algo de presentimiento. Era en el Castillo de Chapultepec, envuelto por la caricia azul de la noche del trópico americano, bajo el chisporroteo de las estrellas, sorprendente como un fuego de bengala. Atrás quedaban, hundiéndose definitivamente en la sombra, las Cortes suntuosas, los campos de batalla, las victorias y las intrigas de Europa. Frente a sus ojos se extendía, como una inmensa manta de colores, México. A su lado, sosteniéndola del brazo galantemente, su esposo — el Emperador de la barba de trigo y de las manos de nieve — contemplaba la nueva tierra, sumido en sus meditaciones. Carlota parecía interrogar a la ciudad muda, preguntarle sobre su destino... Y, de pronto, se alzó en el silencio la respuesta de México, la voz estremecida de las guitarras que hablaban de amor... y de muerte.

¡Infortunada Emperatriz! el embrujo de la música y de los cantos mexicanos la perseguirían hasta la celda de un convento, hasta el encierro pavoroso de un manicomio y hasta la tumba misma. Con la pareja imperial llegaron también la corte o el cortejo, los inmigrantes franceses — jóvenes y damiselas anhelosos de fortuna y de aventuras. Una vida más intensa y ruidosa conmovió la calma todavía colonial del antiguo Virreinato. Era la estación del amor, y las bodas se multiplicaban por todas partes. Los grupos de guitarristas nativos eran contratados especialmente para esos MARIACHES. De ahí el nombre de MARIACHIS con que se designa, desde aquellos tiempos, a estos músicos incomparables. Sólo que, de las bodas, se fué pasando insensiblemente a otras ceremonias diferentes, epilógadas a veces por descargas de fusilería.

Ni Maximiliano ni Carlota sabían interpretar con exactitud el lenguaje de las guitarras. A las orquestas de Chapultepec les sucedieron las cabalgatas y los disparos, las escaramuzas en las ciudades sitiadas, las sorpresas y las



# MIN, EL MATADOR DE SERPIENTES

Por MODESTO MARTÍNEZ



MIN es un diablillo.

Seco y esmirriado, largo como una lagartija, el gaminillo a quien en toda la hacienda llaman "Min", porque se llama Benjamín y eso es mucho nombre para tan corta humanidad, es producto genuino de la selva. Tiene siete años y es muy pálido por efecto de la anemia y de la anquilostomiasis y de las hambres que pasa cuando Lupe, el tata, gana poco y los frijoles se ponen caros.

Min se parece al Mowgli del "Libro de las tierras vírgenes" de Rudyard Kipling; vive entre los animales de la pradera y de la selva con la misma naturalidad con que vive entre los hombres y con unos y con otros se entiende lo mismo; porque si las alimañas le han gruñido y han llegado a mordearlo, también su tata cuando está de mal genio le ha dado sus buenos leñazos.

El entiende el idioma de los pájaros y sabe cuándo el canto del cuyeo anuncia la entrada del verano y cuándo los yigüirros están llamando el agua; conoce el grito de las piapias —las bulliciosas urracas— y sabe por ese grito si lo que las ha asustado es el tigrillo, el tejón o el gavilán. Las hormigas llevando afanosas grandes cargamentos de provisiones a sus hormigueros le indican que va a haber temporal; la llegada de los patos le dice que ha llegado el mes de diciembre; en fin, el pequeño y anclenque Min lee de corrido en el libro de la Naturaleza y con un perrillo que tiene, más flaco y más hambriento que él, un perro que se llama "Copito", sostiene interesantísimos diálogos. Un día Min y su perro, se dieron un gran atracón de chicharrones de puerco. Iban por un sendero cuando Min se encontró un paquete; lo abrió y vio, deslumbrado, que lo que contenía eran chicharrones. Alguien que había pasado dejó perdido el paquete; la alegría de los dos fue enorme; "Copito" meneaba la cola, una cola en la cual se contaban todas las vértices y tan seca que crujía a cada movimiento; a los dos se les chorreaba la baba y el perro ensayaba las más complicadas piruetas, dándose a cada rato un costalazo de la debilidad, movido por el ansia de comer chicharrones; en tanto Min luchaba con su conciencia; aquello no era suyo, alguien lo había perdido y tal vez después vendría a buscarlo. Más valía abandonarlo allí, dejar el paquete y llevarse a "Copito" para que no fuera a hacer una diablura. Pero ¿quién le garantizaba a él si dejaba allí el paquete de chicharrones no vendría un mapachín y se los comería, o una partida de micos y harían una fiesta con lo que no les pertenecía? Los micos, pensaba él, son muy sin conciencia para lo ajeno. Se roban el maíz de las milpas y ¿no se van a comer unos buenos chicharrones?

Y luego la insinuación de Copito con su meneo de la cola aumentaba la tentación. Por mí yo dejaría estos chicharrones, pensó, pero el pobre Copito tiene la boca hecha agua.

Y resolvió probar él uno y darle otro a Copito. No hay para qué decir que a poco rato entre los dos le habían dado fin al paquete.

Min, con su "chingo", un machetillo de dos cuartas de largo del que jamás se separaba, abrió un hueco y enterró la gaceta en que los chicharrones estuvieron envueltos, para que no quedaran rastros de su pecado.

Y tuvo que amarrar a Copito con la faja y llevárselo arrastrando, porque Copito estaba dispuesto a desenterrar la gaceta y a comérsela también. Como estaba saturada de grasa!

Al llegar a la casa sentenció a Copito: cuidado vas a decirles algo a tata o mama, porque te llevás tu leñazo.

No hay para qué decir que Copito guardó la mayor reserva.

Pero al día siguiente los dos estaban mal del estómago. Sus pobres estómagos acostumbrados a estar vacíos o a digerir frijoles y tortillas se resentieron de aquella carga extraordinaria; los dos tenían la panza como un tambor y sentían que las tripas se les iban a reventar.

Copito salió al potrero y fué escogiendo hierbas y comiéndolas; Min comprendió que el perro se estaba curando y optó por mascar también de las mismas yerbas y a las pocas horas a los dos les había hecho efecto la medicina y quedaron limpios y sanos.

Así se ha criado Min, en íntimo consorcio con los animales.

Sólo con las serpientes vive en perpetua lucha. Donde las encuentra las destruye y no les tiene miedo. Sabe que si lo pican, él muere; pero maneja con habilidad pasmosa el chingo, una verdadera lengüeta de acero, con la cual, como San Miguel con su espada, se cree capaz de matar al Dragón mismo si se le atraviesa en el camino.

batallas. Los MARIACHIS ya no cantaban a las novias sino a Juárez, el enamorado de la Patria. Juárez, el novio austero de la libertad, llegaba al frente de sus desordenados batallones de labriegos, artesanos y estudiantes, destruyendo a cargas cerradas los cuadros de un ejército disciplinado que retrocedía rodeando a su Emperador. Juárez era el conductor de esa Orquesta Mayor de MARIACHIS, que venía a dar la serenata de la muerte a la monarquía en América.

Las guitarras hablaban un idioma de lamentos, un tembloroso y entrecortado lenguaje de lágrimas,

bajo las ventanas del palacio de Carlota, cuando Maximiliano fué ejecutado pagando con su vida las maquiavélicas combinaciones de las familias reales de Europa.

Los cantores populares de México cuentan esta historia, rascando sus guitarras y sus vueltas, mientras se deslizan las barcas floridas por los apacibles y soleados canales de Xochimilco. Cuentan esta historia y cien historias más de amor y de ternura, de gracia y heroísmo. Los MARIACHIS no viven sino cantando. Su canto es un himno a la efímera felicidad de este mundo.

"José Martí, en el Ismaelillo y en los Versos sencillos, da una nota de intensidad y de ternura. El ataque directo y la pasmosa simplicidad comunican a las emociones paternas una gracia deliciosa que nada tiene de común con aquella chabacanería hogareña y filantrópica de Juan de Dios Peza, a quien la gente llama "poeta del hogar". Al leer a Martí, en verso o en prosa, es imposible libertarse de la imagen del verdugillo, de la hoja fina y rígida que nos atraviesa el corazón. Pero cualquiera que sea la importancia de su verso, su prosa de orador, ensayista y po-

lemista es incomparablemente superior. La lengua española al canza así nuevas conquistas. Martí es una de las naturalezas literarias más dotadas de América. Pero gran parte de su obra, y su vida misma, fueron sacrificadas a su postulado de libertad. Su arte es un arte de relámpagos; cada relámpago re vela y esconde inexplorados paisajes. Hijo del dolor, no perdió nunca la sonrisa. Era bravo como león, y no se avergonzó de sus lágrimas. En él podemos a un tiempo admirar al escritor y venerar al hombre, deleite siempre apetecible."

ALFONSO REYES

Ha tenido formidables peleas con cascaylas, de las que tienen catorce crócalos en la cola y enormes escamas en la espalda; se ha batido con tobobas tiznadas, de las que son silenciosas como la muerte y rápidas como el rayo. "Ha habido confisgada, nos decía hace poco, que me ha babeado el puño del cuchillo. Pero ninguna me ha picado. A todas les he dado suelo y las tengo volando espalda".

Quien ve a Min que parece que se lo va a llevar el viento, con su gran panza de batracio y las canillas largas y secas como una rana, no puede imaginarse todo el valor, toda la sangre fría que tiene ese diablillo. Porque las serpientes son crispadoras, enfrían la sangre, desarman física y moralmente y hay que reunir mucho valor para enfrentarse a ellas. Sin embargo, no vacila y en colaboración con el Copito que es tan valiente como él para las culebras, se las da con la más feroz y venenosa, seguro de vencerla.

Un domingo, mientras andábamos en cacería, Min vino a encontrarnos y nos pidió que le ayudáramos en una empresa.

—Desde hace tres días tengo una toboba chinga (\*) revuelta en una cueva, nos dijo. Si ustedes van y me la echan afuera, yo la tasajeo onde salga.

Fuimos al lugar que nos indicó y en un paredón había una cueva. Junto a la boca de la cueva estaba Copito de centinela, viendo para adentro. Min se acercó y casi metió la nariz en la cueva y nos dijo:

—Aquí está. Desde antier se metió en esta cueva. Me la encontré en aquella macolla de zacate de guinea y cuando me le fui encima, salió huyendo y se metió aquí. El Copito está cuidando la cueva por si quiere salirse y como la cueva es honda yo no he podido sacarla. Pero le garantizo que es una toboba de las náparas.

Y acercando más la carilla a la boca de la espelunca donde el horrible ofidio estaba refugiado y revuelto, nos gritó:

—Vengan y espíen. Se le ven los ojillos como brasas.

Nos acercamos a la cueva y nos quedamos horrorizados viendo en el fondo negro las dos chispas lívidas de los ojos de la gran serpiente que reflejaban la luz exterior. Era todo lo que se veía, pero era lo suficiente para comprender la fiera del animal.

(\*) *Lachesis Lásbergi*, una de las serpientes más venenosas de Costa Rica.

Con los machetes agrandamos un poco la cueva y luego cada uno de nosotros con una varilla fuimos obligando a la toboba a salir. En un momento inesperado la serpiente se echó afuera y todos nosotros dimos un salto para evitar una tarascada; y mientras reaccionábamos del susto espantoso, Min sacó el chingo, se atravesó en el camino de la espeluznante serpiente y cuando ésta se irguió para atacarlo, de un certero golpe le cercenó la cabeza. Fué una escena rápida, instantánea. Cuando acudimos, la decapitada serpiente se revolcaba ya impotente haciendo y deshaciendo círculos con su torso brillante mientras Copito le hincaba los colmillos que no lograban siquiera traspasar la recia piel del ofidio.

Una profunda admiración sentimos por el chiquillo, tan guapo y tan sereno a pesar de su miseria fisiológica. No siempre están las almas grandes en los cuerpos más sanos.

Min es un benemérito. Cuántas vidas humanas ha salvado, destruyendo serpientes! Porque los campesinos por apatía unos, por miedo otros, no se preocupan de la destrucción de las serpientes y sufren luego sus picaduras. En cambio ese chiquillo, con una maravillosa intuición del peligro, las combate y destruye sin descanso.

Los griegos habrían hecho de Min un semidiós, como Hércules que dió muerte a la hidra de Lerna; los primeros místicos habrían tomado a este gamín por un nuevo San Jorge niño, matador de dragones; pero en estos tiempos de escepticismo, Min no significa nada para nosotros. Un día, en un sombrío rincón de la selva, sostendrá una formidable pelea con una descumunal serpiente y será ultimado por el veneno letal del ofidio; morirá junto a su leal Copito y rodará a la fosa, como un terrón de la gleba sobre la cual él ha crecido, como un puñado de polvo, como un residuo de materia cósmica que se reintegra a la costra terrestre.

Pero nosotros no lo olvidaremos nunca, después de haberlo visto con gesto heroico cercenar de un tajo la horrible cabeza de una serpiente.

# Trotsky o el Profeta Armado

Por RAMON SENDER



TRO libro sobre Trotsky: "The Prophet Armed". El autor, Isaac Deutscher —un ex-comunista polaco refugiado en Londres— quiere

ser objetivo y neutral en sus juicios, pero se inclina del lado de su héroe. Algunos críticos han rectificado en las revistas americanas no pocos de los datos contenidos en este libro. Si un historiador no logra referencias veraces sobre lo sucedido hace treinta años, ¿qué fe vamos a tener en los libros que nos hablan de la remota antigüedad?

Tal vez lo mejor de la historia es la acumulación de elementos subjetivos en la mente de las generaciones hasta formar la leyenda, hasta plasmar y cristalizar el mito. Esta opinión no puede ser más antiacadémica.

El mito de Trotsky ya está formado. Stalin y Trotsky eran, como todo el mundo sabe, dos enemigos irreconciliables. Las posiciones del uno y del otro en el plano teórico no justificaban, sin embargo, la mortal inquina que se tenían. El conflicto estaba en el antagonismo natural de aquellas dos personalidades. Por un lado, el intelectual. Por otro, el político astuto y brutal. Los dos inventaban pretextos doctrinarios para explicar y motivar su odio.

Muchos de los críticos del libro de Deutscher han conocido a Trotsky personalmente. Y sus puntos de vista tienen autoridad. Yo también lo conocí, aunque mis puntos de vista no pretendían ser autorizados. Era Trotsky, en México, la mayor atracción del turismo literario. Yo no habría ido a su casa porque no entra en mis hábitos visitar hombres célebres, pero un día Trotsky me invitó a través de amigos comunes, que le habían dado a leer algunas novelas mías en las ediciones rusas.

Incidentalmente, hace muchos años que no traducen nada mío al ruso, y me alegro porque solían mutilar mis pobres textos y hasta añadirles párrafos para adaptarlos a la ortodoxia moscovita, lo que es la peor y más ominosa forma de piratería.

Extrañado y halagado por la invitación de Trotsky, fui a Coyoacán. Vivía el escritor en una casa modesta rodeada de un parque cercado por alto muro color de barro seco. Tenía aquello cierto aire ruso. Otros lugares del valle de México lo tienen, también. Recuerdo que Víctor Serge me decía un día en la avenida de Chapultepec: "Esto es igual que Moscú".

Al entrar, vi en el parque un miliciano trotskysta armado haciendo su turno de vigilancia. Al fondo del parque se veían jaulas con gallinas y conejos.

Yo admiraba al escritor, cuya espléndida autobiografía había leído hacía poco, pero estaba lejos de considerarle un profeta, como Isaac Deutscher. Un profeta es un hombre inspirado y heroico que sirve a un dios. ¿Cuál era el dios de Trotsky? ¿Carlos Marx? Un economista por mucho talento que tenga está lejos de parecerse a una deidad, aunque sea pagana. Ni Marx era dios alguno, ni Trotsky su profeta, y en cuanto a sus armas —"The Prophet Armed"—no le sirvieron para nada, al final. Lo que quiere decir que Trotsky no era un soldado,



tampoco.

Me condujeron a un cuarto espacioso donde había una gran mesa de pino sin desbastar pintada de verde y llena de papeles. Frente a la mesa, contra el muro, un diván, y sentado en él, un hombre atlético con una arma al cinto, bien visible. Al entrar yo no se levantó. He sido militar y sé que la cortésia de las armas y la de las letras son diferentes.

Ninguna de las medidas de defensa que veía alrededor podía impresionarme después de la experiencia española. Al revés, las veía con cierto humor. Si Trotsky me había invitado a visitarlo, ¿por qué se rodeaba de tantas precauciones?

Sobre la mesa de Trotsky había dos novelas mías en ruso, lo que me produjo cierta satisfacción. Y de pronto, apareció Trotsky. Era un hombre de estatura media, sonriente y muy distinto de lo que yo esperaba. Su rostro era afable y sensitivo. Podía ser un profesor de liceo francés. Nos saludamos en ese idioma, y me ofreció asiento.

Parecía mucho más joven que en las fotografías publicadas hacía veinte años. México debía ir bien a su salud. Yo pensaba: es un carácter fácil. Después, a medida que hablábamos, fué mostrando ángulos y aristas, cada una de las cuales era una provocación, no de su inteligencia, sino de su temperamento.

Tenía Trotsky curiosidad por el prologuista de las ediciones rusas de mis novelas, un tal Feodor Kellin. Yo le dije lo poco que sabía de él. Era un profesor universitario. No sabía yo lo que decía en sus prólogos, porque no leo el ruso, y no me interesaba gran cosa, porque esos prefacios suelen ser sistemáticamente adulatorios para atraer a los escritores a su bando. Al decirle esto a Trotsky, el ex-comisario se apresuró a rectificar: "En este caso tienen más bien un tono protector. *Plutot protecteur*". Lo decía con evidentes deseos de contrariarme. ¿Tal vez porque descubrió que yo no era de los suyos?

No comprendía yo por qué Tarde en darme cuenta de que no le gustaba que un profesor ruso, aun que fuera stalinista, adulara a un escritor español. Ese detalle me puso alerta y después descubrí otras minucias del mismo orden. En su soledad de Coyoacán parece que Trotsky se iba llenando de mannerismos pequeños burgueses. Es verdad que la soledad debilita a los débiles y fortalece a los fuer-

tes. Trotsky no debía ser tan fuerte como él pensaba.

A partir de aquel detalle yo le dije cosas pintorescas, que podían parecerle divertidas o irritantes, según quisiera tomarlas. Por ejemplo, que en España había algunos millares de perros a quienes llamaban "Trotsky" y que eran siempre perros lobos, de hermosa estampa. "Menos mal", decía él sin saber qué pensar. Mi impresión era que Trotsky no tenía mucho sentido de humor.

El hombre de la pistola seguía en el diván con los ojos fijos en mí.

Yo quería fumar. Tenía mis cigarrillos en el bolsillo trasero del pantalón, y pensaba que ese es el lugar donde la gente de costumbres violentas suele llevar la pistola. Entonces por prudencia dije las siguientes palabras:

—Voy a sacar los cigarrillos, señor Trotsky.

Lo dije haciendo evidente la intención. Trotsky comprendió. Pude sacar los cigarrillos y fumar sin que me pegaran un tiro.

Hablamos de escritores. Vi que Trotsky se dejaba impresionar por la fama, es decir, por la publicidad. Luego hablamos de España y de la guerra. Le dije que veía muchos contrasentidos, y no desde el punto de vista republicano, sino stalinista o trotskysta. El primero consistía en que habiendo comenzado la guerra como una guerra civil, la influencia rusa la hubiera convertido en una guerra imperialista. El ABC del leninismo, trotskysmo y stalinismo es lo contrario: convertir la guerra imperialista en guerra civil. Yo le hablaba así para darle a entender que conocía su lenguaje. Luego añadí que Stalin estaba dispuesto a sacrificar a la humanidad entera para salvar su poder personal.

Trotsky comenzó a hacer distinciones. Una cosa era el poder personal de Stalin y otra los intereses de la patria soviética, que había que considerar aparte y de

fender. Era un casuista para quien el orbe entero se reducía a un escenario donde seguir representando el drama ruso del cual se considera exclusivo y actor supremo. Al hablar de los jefes stalinistas tenía expresiones de desdén. Vorochilov era un mal sargento, Manuilsky, el gato faldero de Stalin, y Dimitrov, un hombre honrado, pero tonto y prisionero del amo. Hablando de los españoles dijo: "¿Qué hace en Rusia la pobre Pasionaria? La van a matar".

Desde el punto de vista militar, la guerra española tuvo un volumen y una importancia mayores que la guerra civil rusa. En lo social y político ofreció experiencias de un gran interés. Aunque Trotsky no lo decía, daba a entender que el sacrificio de España en aras de la estrategia rusa era comprensible y disculpable.

Hablamos mucho. Yo tenía a cada paso la tentación de decirle: ¿Por qué tiene usted una actitud tan cerrilmente nacionalista como Stalin? Pero veía que Stalin y Trotsky se influían recíprocamente. Stalin trataba de imitar la brillante dialéctica de Trotsky, y Trotsky admiraba la firmeza monolítica de Stalin. Estaban sugestionados el uno por el otro.

Los dos tenían la obsesión del aislamiento y de la seguridad personal, y esto había creado en los dos una serie de desviaciones y deformidades.

Mi impresión, como la de cualquier hombre de imaginación que hubiera tenido los medios de conservar que tenía yo en aquel momento, era que, a pesar de tantas precauciones, el verdugo de Trotsky estaba ya dentro de casa. Como el de Stalin estaba dentro del Kremlin, según sugieren los periódicos de estos días. Era algo que, al parecer, no podían ver ellos. Parece que para darse cuenta de algunas cosas hay que ser hombres sin importancia alguna.

Musas Costarricenses—

## Lágrimas Calladas

Rosario venerado, reliquia de otros tiempos, misterios que, engarzados, deslizanse al compás del rezo que una mano rugosa marca y pasa rodando entre sus dedos las cuentas de marfil.

Rosario venerado, reliquia de otros tiempos, ¿qué pide la ancianita rezando con fervor? Por ella y por los muertos que su alma acogojada, por años y por años ha visto desfilar... Su rezo es una sarta de lágrimas calladas que brotan y se elevan en forma de oración!

DOROTHY PINTO DE SERRANO



CUARENTA Y CINCO. —

## DE REGIA ESTIRPE

Obra analizada: Los Dioses vuelven, poemas de Roberto Brenes Mesén. — 1928.

Estimado señor Director:

A pesar del grito que escucharon con asombro los seres de la antigüedad, el Poeta, en su intuición infalible, afirma que los Dioses vuelven. Los de más larga vida. Y los más jóvenes, también.

No pudieron, mejor dicho, no quisieron irse, para siempre, más allá del alcance de los hombres. ¿Por qué? Se sintieron enamorados — envidiosos, podría decirse, si los Dioses fueran capaces de la más baja de las pasiones humanas. — Se sintieron enamorados del destino divino de los hombres. Ellos, los Dioses son inmortales. Sin quererlo, desean vivir la vida mortal de los seres humanos. Por eso vuelven. Ansían recorrer, invisibles, las sendas que en otras ocasiones, siguieron felices. Dyonisos, el iniciador ofrece a los hombres un mensaje de esperanza. Con él, los demás inmortales dejan escuchar las primeras melodías de una música extraña. Esas armonías ayudan a los hijos de la Tierra a humanizar el arte concebido allá en las alturas. Les permiten así gozar del sublime encanto de una visión cósmica inesperada que se resuelve en la transparencia sutil del aire, en el canto matinal de la alondra, en la amargura de la melancolía, en la delicia de una sonrisa, en el misterio femenino, en el hechizo del amor. Más aún: en la Vida de la Muerte y en el alma de la Vida.

Surge en nuestro espíritu la imagen encantadora de Ceres, el alma sutil de los jardines, la compasiva mujer que no supo alejarse, ni por un momento, de los hombres. En ella alienta un corazón: el corazón de todas las mujeres. No sabe, como no lo saben ellas, abandonar a quienes, en nuestro planeta vagabundo, son dioses desterrados del ilusorio Olimpo.

En breve aparición contemplamos la belleza indecible de Nuestra Señora del Silencio, Nuestra Señora de los Suspiros, la Santa Madre del Dios-Hombre, la Dulce Madre del mundo. En la belleza de esos brazos, el Artista admira la cuna eterna de la eterna vida nacida al ritmo de un intenso amor materno.

Juguetonas pasan, en rápidas intervenciones, las alegres Gracias; las rubias Horas —por algo son hijas predilectas del Sol—; las nueve hermanas, jóvenes, bellas, de belleza diferente y deslumbrante, las encargadas de llenar de sutiles encantos los minutos de ocio de los mismos Dioses.

Se escucha, tañida por misteriosas manos, la olvidada lira de Apolo, el de las múltiples ansias amorosas raramente correspondidas.

Aparece el hijo adorado de Hermes —Pan— el dios de los pastores cuya cabellera desordenada se veía por doquier. En lo alto de las ásperas rocas, al pie de las temerosas colinas, en las hondonadas cubiertas de nieve. Acompañándose con la zampoña nostálgica, entona melodías de incomparable dulzura. Es Pan el dios de los deseos nunca satisfechos: es la angustia hecha persona.

Representante de los anhelos divinos en la Tierra, es el Artista por excelencia, el Poeta, dueño de un extraño mundo. Siente más hondo que todos los seres que no son de su misma estirpe. El suyo es el llanto de todos los hombres, de todos los dolores. En la alegría del Poeta está condensada la primavera eterna de las almas. En El se resume la inmensa sabiduría de los Dioses. La conciencia humana le debe cuanta bella concepción existe: Porque su alma está dominada por una divina locura, la de los dioses todos. Tanto la de los graves moradores de Olimpo sereno, cuanto la de los inquietos espíritus que se sienten alegres porque así comprenden la vida.

El Artista costarricense soñó, a veces, ser ignorado como ignorados son los dioses. Quiere vivir la propia existencia para servir en el silencio humilde. Desea sentir la juventud divina y eterna del alma universal. Lo martiriza una constante sed de amor. Entonces musita, con angustia sin igual, la lírica de indecibles encantos que tituló *Cálmame, Señor*. Anhela la paz del espíritu, la luz que nace en lo íntimo de las conciencias devotas.

Una encantadora sección del libro está concebido en tono sentimental, melancólico. No es el lied de las angustias germanas. No es la canción popular de origen británico. Es la balada de extracción sajona con las sutiles delicadezas que la caracterizan.

En la primera —la del jardín— el Poeta exclama victorioso: ¡mi alma sigue siendo mía. Lo demás es del Destino!

En la que sigue —la del Amor— se respira un ambiente ebrío. Loco está de amor. Es la tragedia universal de los gérmenes. Hay en todo una actitud de ofrenda, una ansiedad de entrega. No en vano esperan los espíritus. Los suspiros se hacen cada vez más hondos. Muy pronto ha de llegar el Amor.

La ausencia inspira otra de las baladas. En la ausencia, el pensamiento —que nada sabe de reposos vanos— idealiza los contornos de las cosas, halla más hondos los mundos.

De sugestivo alcance es la balada que el Poeta dedica al órgano litúrgico. En la amplitud de los templos exalta en todo ser humano, el anhelo de remontarse a las alturas como obedeciendo a la silenciosa invitación que, en las iglesias góticas hacen constantemente las ágiles ojivas.

La realidad del mundo es una ilusión suprema de contenido profundo. En la balada de la Noche, el Artista exclama: para el día es el imperio de las formas ilusorias, de las frágiles memorias de cuanto tuvo vida. En esas horas domina, en forma amplia, el olvido de lo eterno y de lo inmortal. En el misterio de la noche se ocultan las realidades de la existencia. Porque la noche no es de ti.

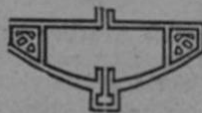


## ASI VISTEN ELLAS

*María de los  
Angeles Fernán  
dez Vargas*

*Corazón del sue  
ño florecido en  
la noche... Es  
puma musical  
de una rosa cris  
talina... Ritmo  
recogido del  
instante, presen  
te como el tri  
no junto al ni  
do del alba...  
Lucero de la  
pureza...*

(FOTO  
AREVALO)



nieblas. Sus minutos son de luz sideral.

No olvida el Poeta de Costa Rica su sincera predilección por las metáforas... Hebras de la madeja dorada del crepúsculo se entrelazan en las ramas...; en la red de lumbre prisioneros despiertan los primeros rumores de la noche...; las aladas golondrinas de las horas...; en la copa del silencio, gota a gota, fue cayendo la dulzura de la noche...; la ausencia deshilando los encajes de los recuerdos...; las sonoras alondras de bronce del Angelus...; se diría que a fuerza de llevar los cielos en sus ojos se hicieron azules las aguas... enferma de amor la tarde se refugia entre los árboles en busca de la quietud que amamanta los ensueños...; se escurre el aire por el bosque con sandalias de violetas...; una banda de palomas, como un volar de nardos nevó el verdor de los laureles...; el canto de azahar de un limonero quebró el silencio del cristal del aire...; todas las yerbas exhalaban ayes de aromas exquisitos...; la gris melancolía... la imagen de un miedo rugiente con melena de león...; hay silencios sin lenguas y lebreles de sombra que se callan...

Pensemos ahora en lo más íntimo del Poeta: en su ternura sin límites. Una inefable delicadeza se desprende de las cinco estrofas de cinco versos cada una reunidas bajo un epigrafe sencillo: *Trigueña*. Es una suave remembranza de la trigueña golondrina, Ana María, que atraviesa a toda hora por los limpios pabellones del corazón jardín, como si ella fuese el alma de ese mismo jardín.

Esa ternura delicada la sentimos en la lírica *Cerré los ojos*. Es un delicioso madrigal. Uno de los pocos bellos madrigales de nuestra literatura.

No olvidemos —¡imperdonable sería!— el poema corto *Callado remero*. Es invisible la barca. Invisible son los remos. La hija inolvidable, sonriendo, pone los pies en la barca. El ritmo doloroso de los remos vuelve a escucharse. El esquife va alejándose. Se hunde, con la hija adorada, en el fulgor estelar de la noche eterna.

Con esa lírica de honda ternura, es preciso leer, en devota entrega, el poema dedicado a la memoria de otra de sus hijas, Joselina. Las tres Gracias y las tres Horas aúnan sus sentimientos con los de las Musas para recordar a la doncella ida. Para levantar, en música viviente, la urna cineraria que encierra a la santa amada, siempre joven, siempre bella, siempre casta más allá de los horizontes, más allá.

Un libro de pensamientos, amplio, noble. De sentimientos sin límites, generoso. Una arca perfecta de Verdad y de Belleza. Una urna de Amor saturado de esperanza infinita.

Reciba mi buen amigo, el señor Director de LA REPUBLICA el saludo afectuoso de,